

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPO · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

DIRECTOR · PROPIETARIO

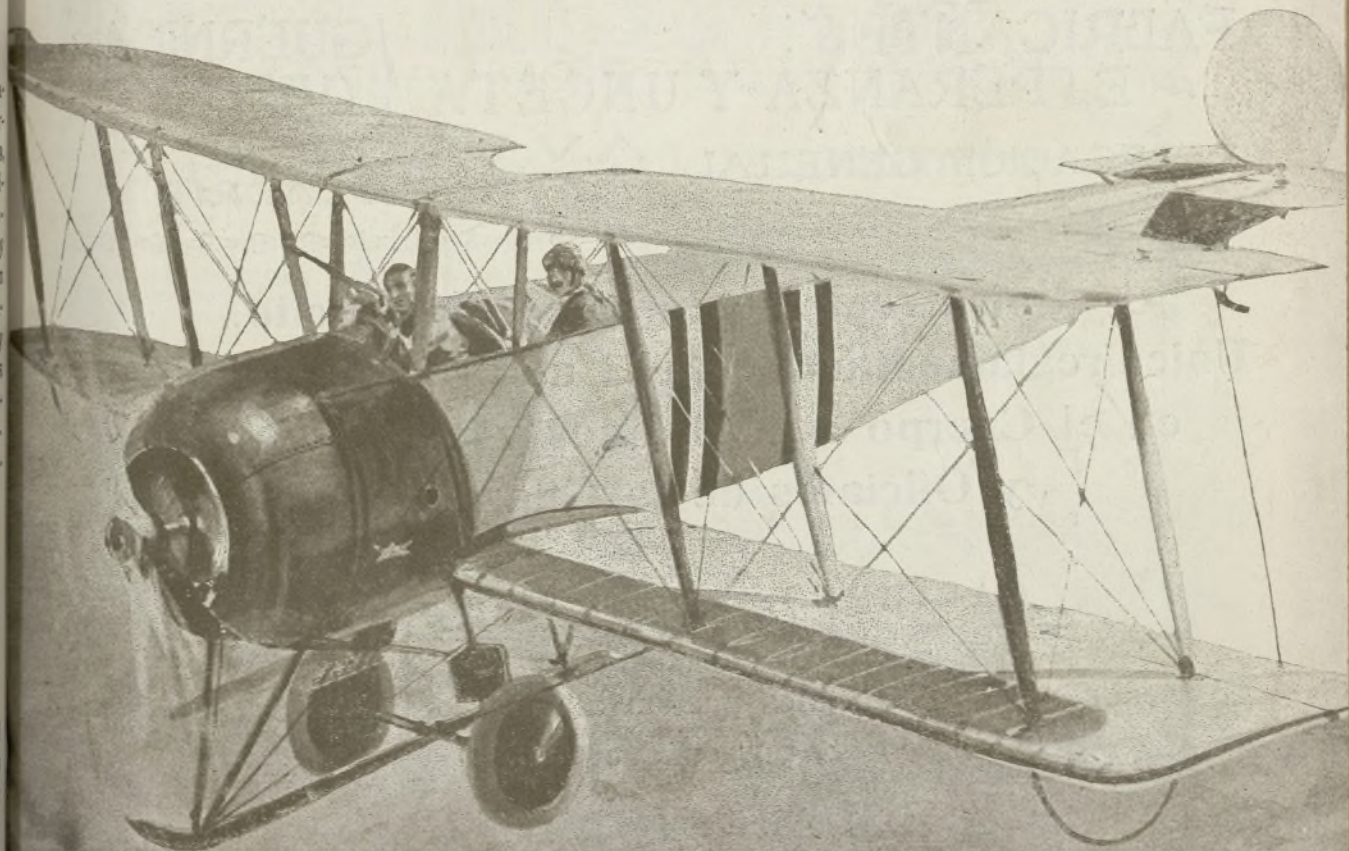
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



AÑO IV

Número 51



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



ASTRA ASTRA
REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES:
ESPERANZA Y UNCETA. { GUERNICA (VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL: A.V.D. BERNABÉ
MAYOR 86 MADRID

Unica reglamentaria en el Ejército.
Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de

ARMAS Y LETRAS

Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Rómulo)

Tres carnets para identidad 3 pesetas.
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estándares a 25 pesetas. Novedad foto-
gráfica, 33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartón, cintas, esmaltes, 5 pesetas

**COMPañIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles.
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas.
Colegiata, 5, cuarto núm. 1. —MADRID

Joyería Hispano-Belga
MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garanti-
zada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS
NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO A. PAJARES
LAMPARAS DE TODAS CLASES Jardines, 7 y 9
Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los
militares que lo acrediten.

Construcciones en zinc, plomo, palastro y cha-
pa galvanizada.
Hilario Puerta García. **. Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7. — Teléfono 3.378

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del Monte Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería).

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases.
Teléfono M. 415. — FUENTES, 7. — MADRID

LA OCASION

COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos.

Mayor, 68

CASA HERNANDO
MAYOR, 29
Teléfono 2485, M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas. acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel, car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de
Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y
Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso
de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, San-
ta Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanailla, Curaçao, Puer-
to Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de
Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernan-
do Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especia-
les de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea
de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Com-
pañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servi-
cio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes
para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anun-
ciarán con la debida oportunidad.



Roca

Fotografía

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TETUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEROE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido. Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases — Medallas para premios y exposiciones — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

ESTABLECIMIENTO DE JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID. Teléfono 4.038

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES. — BANDERAS PARA REGIMIENTOS. — FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES. — CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBREKAS. — CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN. — SABLES, ESPADAS Y ESPADINES. — ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS. — BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA. — ESPITRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES. — CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS. — ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO TALLERES DE FOTOGRAFADO

BLASCO DE GARAY, 32

TELÉFONO 22-091

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



BEBED
AGUA FARGAS



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinares.

FARMACIA TORRES MUÑOZ. — San Marcos, 11. — MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acadé para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL
EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del ejército o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando de Altola-guirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor. Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído nada más propósito. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las **FALDAS DE JUSTO**. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.



EDITORIAL ANTEA

APARTADO DE CORREOS NÚM. 486

DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: ANTEA

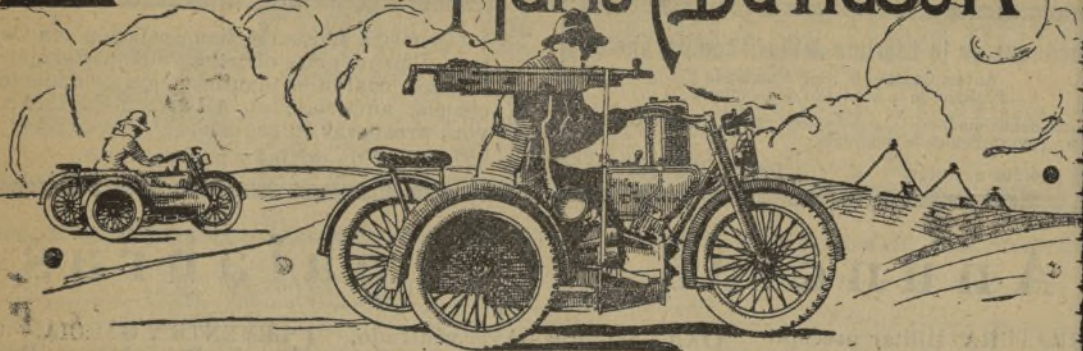
ARMAS Y LETRAS, deseando siempre favorecer a sus suscriptores, ha hecho un contrato con la EDITORIAL ANTEA, con el fin de facilitar libre de gastos de franqueo, y con el 10 por 100 de descuento a los 200 suscriptores de nuestra revista que primeramente llenen el adjunto boletín y lo remitan firmado a esta redacción o a las oficinas de dicha Editorial acompañado de su importe, de cualquiera de las obras editadas por dicha editorial y que a continuación se expresan:

- I. **LA REVOLUCIÓN DE LAÍÑO**. Novela, de Francisco Camba. Premiada por la Real Academia Española (segunda edición), 5 pesetas.
- II. **EL VELLINO DE PLATA**. Novela, del mismo autor, cuya primera edición agotóse en ocho días (segunda edición), 6 pesetas.
- III. **DOS MUNDOS AL HABLA**. Sugestiva y emocionante novela, del Padre Ferrándiz, en la cual nos expone la misteriosa vida de otros mundos, 5 pesetas.

D.
Domicilio
Población
Empleo
Regt.º o Batallón
Arma o Cuerpo
Firma,

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE

MARQUES INDUSTRIALES - Madrid

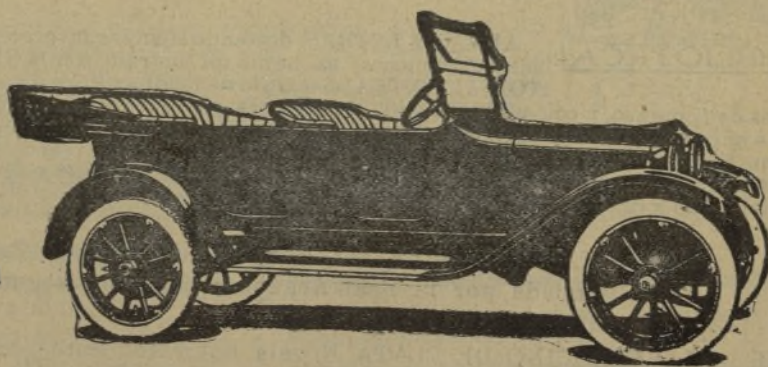
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

Ayuntamiento de Madrid

un buen jinete

hace un buen

caballo

Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead



Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata

DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Anuncios "Los Tirelocos"

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de **ARMAS Y LETRAS**

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.



¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el calloicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídale en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4,
MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERIA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS
Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M. 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Má-
quinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y
mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos
del Ejército. • • • • • Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. MADRID

Zúñiga: Zutor 1. y Ventura. Rodríguez. 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,
Papeletas del Monte,
Oro, Plata,
Relojes de buenas marcas,
Antigüedades,
Pianos, Autopianos,
Escopetas,
Máquinas fotográficas,
Gramófonos,
Máquinas de escribir,
Prismáticos
y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Ti-
rantes, Fiadores, Charrete-
ras, Dragonas, Hombreras,
Fajines, Fajas, Forrajeras,
Galones, Soutaches, Cordo-
nes de ayudante, para me-
dallas, bastón, Espadas, Es-
padines, Sables y Condeco-
raciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas,
Plumeros, Gorras, Gorros,
Roses, Entorchados, Boto-
nes, Emblemas, Números,
Estrellas, Bordados, Cintas
Rosetas, Lazos, Canutillos,
Lentejuelas y Materiales
para bordar



ATLANTA

Depósito de calzados.
San Marcos, 37-Madrid.

Proveedor oficial de
la Cooperativa del
Ministerio de la Guerra

Especialidad en medidas.
Fabricación propia.
Envíos a provincias.
Solicítese catálogo.
Ventas al por
mayor y menor.

Rosado Rivas



Núm. 12.218 F.

Brodequín ternera oscaría
lisa, planta punteada
36 pesetas.



Núm. 17.216 F.

Bota enteriza, moldeada, box-calf,
planta punteada 38 ptas.
La misma con doble suela, 40 ptas.

Sucursales: Melilla: O'Donnell, n° 23.
Barcelona: Pelayo, n° 14, 3, 2°

ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

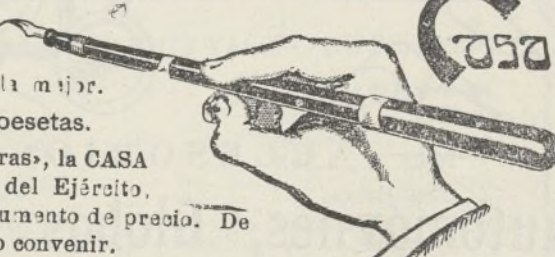
CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.--MADRID

En campaña, en guardias, en maniobras debe V.
llevar siempre consigo una *Pluma Ideal*
Waterman

Conocida en el mundo entero :: Es la mejor.

Precio del modelo «Safety» 30 pesetas.

Pidiéndola por conducto de «Armas y Letras», la CASA
DRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército,
para pagar en 12 plazos mensuales, sin aumento de precio. De
volución en los ocho días al no convenir.



Casa Crespo

Mayor 47

MADRID

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,

CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. - Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITAR PASADO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Planos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

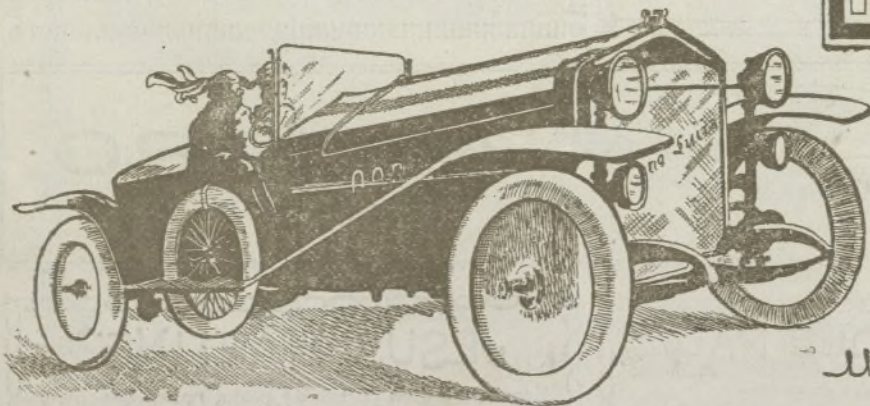
para Automóviles, Globos y Aeroplanos

PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de
acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices.
Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos
para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342
ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



Gráfica Universal, Princesa, 14. MADRID

Ayuntamiento de Madrid

ARMAS Y LETRAS

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES ·
DEPORTES · LITERATURA · PASATIEMPOS ·
CURIOSIDADES · VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS

DIRECTOR-PROPIETARIO: VICENTE VALERO DE BERNABÉ

OFICINAS:
CALLE MAYOR, NÚM. 86
APARTADO DE CORREOS 886

AÑO IV NÚM. 51
28 FEBRERO 1923

Precios de suscripción
Trimestre... 3,75 ptas.
Semestre... 7,50 »
Año..... 15,00 »

EXTRANJERO
Semestre... 12,00 ptas.

Administrador: JOSÉ VALERO DE BERNABÉ

SUMARIO

Diálogos militares.—Entre Juan y Pedro.
Páginas maestras.—El terror de los Ministros.
Cuento americano.—La patente 1.300.
La elocuencia militar.
Informaciones curiosas.—El extraño destino de los reyes de Grecia.
Por nuevos derroteros.—Los contrabandistas aéreos.
De la India de los misterios.—Leyendas y costumbres.
Del capítulo de deportes.—Un paseo sobre skis.
Página de arte.—Interior árabe.
Del buen humor.—Diálogos chirigoteros.
Historieta cómica.—No hay mal que por bien no venga.
De la actualidad internacional.—El adiós a Europa de las tropas de América.
Dos partidas de ajedrez históricas.
Poesía.—Cual amor es ciego.
Cuento.—Inocente.
Novela.—El vellocino de plata, por Francisco Camba.
Variedades, Actualidades, Entretenimientos, Anécdotas y Curiosidades.



ENTRE JUAN Y PEDRO

—Pos no lees con poca ansia...
 —Es que tiene pelendengues la cosa... fijate en el titulito «Ejército voluntario para Africa»...
 —¿Y qué?
 —¿No lo comprendes? Mal andas de cocota.
 —Si lo entiendo, sí: eso es, que vendrán aquí toos los que quieran...
 —¡Caball!
 —Y nosotros ¿qué ganamos con eso?
 —¡Pero hombre!... ni qué fuás concejal... Si vienen toos los que quieran, pos, no vendremos los que no queramos... no pué ser más claro...
 —Para un poco el carro, maño... aquí tenemos que estar, sesenta u milenta mil y a los que nos mandan, les es parejo que vengamos u no a gusto.
 —Sí; pero si viniesen muchos voluntarios... algunos nos iríamos...
 —¡Si viniesen!... como que van a venir, por dos pesetas, a estozolarse por esos montes y a cocese con este sol.
 —Hay hombres pa too, no le des güeltas...
 —Sí; media docena, pero tantos... si no pué ser hombre... si con miseria, no se cría más que miseria... eso de que aquí, en España, cualquier monigote alparcero, de esos que están en las oficinas, llevando papeles de un lao pa otro, tengan tres u cuatro pesetas y el soldao...
 —Lo menos crees tú, qu'eso de llevar papeles lo sabe hacer cualquiera.
 —Y lo de jugase la vida ca cinco minutos, toos lo podemos hacer ¿verdad?... ¿sabes lo que te digo?... que tan y mientras no que paguen mucho, aquí no habrá naide que sirva pa ná, más que nosotros, ea...
 —Güeno hombre; como quieras, no me comprometo a convencete, pero a mí me paece mu bien que vengan los que quian venir...
 —Pos a mí, que vengan toos y más mejor, esos que icen del proletariado civil...
 —¡Atiza!... del protejariado, maño... ¿no ves que vienen a proteger a estos mislines?
 —Proteger... ¿de qué?...

—Pus, a ca uno, del vecino; por que éstos, ya lo has visto... ¿qué no tién trigo?... cogen el de al lao y a vivir.

—Claro y pa que no pase eso, será lo de traer muchas parejas de ceviles, pero, como no hay carreteras ¿por dónde van a andar?

—¿Te crees que en España, los ceviles, puen andar siempre por carretericas?

—Por mi pueblo sí.

—Pos no hay pocos sitios a los que tiés qui cuasi volando... pero, oye, eso de la guardia civil lo has inventao tú...

—¿No has dicho?...

—No, hombre, no; lo de proteger por lo civil, es que vendrán aquí paisanos...

—¿A los campamentos... a las posiciones?

—¡Qué defícil eres, maño! aquí, donde puá haber chinazos, estaremos siempre nosotros...

—Pero ¿no has dicho que van a venir voluntarios...?

—Como tu dices que no vendrán más que una docena...

—Vamos, que esto es un lío... venir aquí paisanos y soldaos de a peseta y...

—No t'apures, que en cuanto vean que no hay confetura que repartir, golveremos nosotros, si es que nos imos marchao...

—¿Pa qué?... si con eso de haber soltao a los prisioneros, ya semos amigos...

—¡Amigos!... de modo que si tú me vendes a mí una huerta, por muchos montones de duros, eres amigo... ¡vaya una amistad!

—Si te la regalo, seré yo amigo tuyo, pero tú mío...

—Güeno; el caso no es el mismo, porque la huerta será tuya, pero los prisioneros eran nuestros ¡reconcho!

—Sí, hasta que cayeron...

—Míá que comprar hombres como si fuán borregos...

—No seas exagerao, maño.

—¡Exagerao!... tu sabes jugar al marro ¿verdad?... pos acuérdate que cuando un bando coge prisioneros del otro, los de éste, van a buscarlos y, o los rescatan, o los cogen a ellos... ¿has visto alguna vez que se cambien los prisioneros del marro por cacahuets o castañas?

—No; pero, a veces, no se rescatan...

—¿Y tú crees que nosotros no podíamos haber ido a buscarlos?

—Hombre, yo creo que sí... pero, cuando no nos han dejao...

—Es que hay cosas que debe un hombre hacerlas, manque no le dejen... vamos, que si a tu padre le llamara alguien morral, pongo por caso...

—¿Es que te crees tú, que el que menten a la fa-

milía, para mal, les importa a toos lo que a nosotros?

—Sí, eso debe ser, porque si no...

—Güena trifurca armaron ayer, hablando de eso, el cura y un tiniente de mi compañía... el pater, too se le golvió icir que las cosas, a güenas, son más mejor, pero el tiniente, mu incomodao, le contestaba que cuando no le llamen a uno tonto u cobarde, por ser güeno, no está más serlo, pero que agora, ese Ay-el-crin tenga derecho a icir que le tenemos miedo...

—Ya sabe él que no...

—¿Por aonde lo sabe?

—Pos lo sabe, porque cuando echamos a andar, fuimos hasta donde nos dió la gana, ea... y si no hubián mandao parar, pues, como en el marro, alguno hubiá tocao la caena y... toos libres, los de agora y los qui han matao...

—Tiés razón, maño... aunque ya no sea hora, mi has convenció de que hubíamos podío ir...

—Por lo menos, haber echao a andar, a ver lo que pasaba... y eso de que ya no es hora... pa res, catalos, no... pero, pa cobrar lo que les han hecho siempre es tiempo ¡remaño!...

—Sí; pero como ahora son los paisanos los que van a venir, esos... no puén cobrar.

—Aspérate, qui a lo mejor, *cobran* más qui himos cobrao nosotros... oye; tu que eres más leío que yo ¿me quiés explicá, cómo se le guarda la casa a uno que no te deja entrar en ella?

—Pos, dende fuera, maño.

—Eso si hace con los perros, no con las personas... no habrás visto dengún guarda que no esté dentro de la finca.

—Pero esto no es una finca...

—A sabelo, maño, a sabelo...

Por la transcripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE

LOS TRUSTS DE NORTEAMÉRICA

El *trust* es un resultado de la competencia comercial: equivale a los gremios de comerciantes en España, formados para evitar la competencia entre los vendedores de un mismo producto. En los Estados Unidos hay varios *trusts*, con capitales que varían de algunas decenas de millones de dolares a miles de millares, y explotan el acero, el azúcar, el petróleo, el cobre, la electricidad, las conservas de carne, el tabaco, los abonos, la goma de mascar, los negocios bancarios, etc.

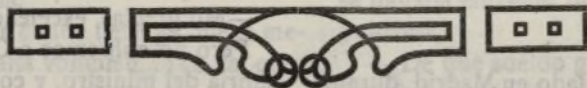
Aunque la mayoría de los *trusts* tratan, por medio de una competencia desleal y de su influencia sobre los poderes públicos, de conseguir el monopolio completo de su industria, no lo han realizado aún, pues los más poderosos de ellos, los del acero, del petróleo, del cobre y del azúcar, están todavía lejos de acaparar la totalidad de la mercancía con que trafican.

Una de las maneras que han tenido los *trusts* de mostrar su fuerza, ha sido obteniendo de las compañías de ferrocarriles rebajas importantes para el transporte de sus productos; pero esto fué prohibido por las leyes, y un tribunal impuso al *trust*

del petróleo una multa de 145 millones de pesetas por haberlas infringido.

Lo que más se ha prestado a la crítica ha sido la organización financiera de los *trusts*, especialmente la emisión de acciones ordinarias, que son en cierto modo esperanzas capitalizadas. Constituido un *trust* con las aportaciones del capital de varias compañías, este fondo se divide en un número determinado de acciones preferentes, con derecho a un dividendo que no puede exceder de una cantidad determinada. Una vez hecho esto, se emite un número de acciones ordinarias, proporcionado a las posibilidades de desarrollo de la empresa, acciones que no tienen derecho más que al sobrante, después de pagado el dividendo preferente, pero sin límite alguno.

Sin embargo, estos sobrantes no se suelen distribuir entre las acciones ordinarias, sino que se aplican a mejorar y desarrollar el negocio, de modo que aumenta su valor, y, por lo tanto, el incremento ficticio del capital que representan las acciones ordinarias desaparece para convertirse en una realidad.





PÁGINAS
MAESTRAS

El terror de los Ministros

EPISODIO HISTÓRICO

por PEDRO DE NOVO COLSÓN

1

En el año 1853, el Sr. Caraveco era un digno empleado con 6.000 reales en la provincia X. Nunca había discutido sobre política, y elogiaba a todos los gobiernos; su preocupación única consistía en mantener a su mujer y a sus seis hijos, de nómina a nómina, sin solución de continuidad. Trabajador concienzudo, no tenía ambiciones y se juzgaba feliz.

Pero un día le llamó su jefe y díjole entristecido:

—¿Sabe usted, Sr. Caraveco, que ha cambiado la situación política?

—Sí, señor.

—¿Y que ahora tenemos de presidente del Gobierno y ministro del ramo al señor conde de San Luis?

—¡Ah! ¡excelente persona!

—Pues esa excelente persona lo deja a usted cesante, mi buen amigo. Vea usted la comunicación... y créame que lo siento en el alma.

El Sr. Caraveco abrió los ojos y la boca, palideció y dejó caer su sombrero.

—¡Cesante!—murmuró cuando pudo—. ¿Pero el señor ministro ignorará que tengo mujer y seis hijos?

—Eso, asegúrelo usted.

—Pues lo sabrá, sí, lo sabrá... ¡Iré a Madrid!

Y el Sr. Caraveco, consternado pero resuelto, salió de la oficina, entró en su casa, recogió las migajas de su hucha, besó a su media docena de vástagos y ocupó un asiento de la diligencia que salía para la corte.

II

El Sr. Caraveco había estado en Madrid durante

cuatro o cinco años de su juventud, pero no conocía a ninguna persona de valimiento político.

Esto le inquietaba poco, pues confiaba en su buena causa, y en que un ministro honrado no había de condenarle a la miseria.

—Lo malo es que esos señores necesitan memoria, mucha memoria, y no todos gozan de la que han menester—solía repetirse.

Nuestro hombre pidió una audiencia al conde de San Luis y la obtuvo.

—¿Quién es usted y qué desea?—le preguntó el conde.

—Señor, soy Caraveco; empleado cesante, con mujer, seis hijos y buenos informes. Deseo mi reposición, si vuestra excelencia se digna...

—Procuraré complacerle, ya veremos si es posible—contestó el ministro, según fórmula consagrada—. Deje usted la nota, y si no le ocurre otra cosa...

Pero transcurrieron cuarenta y ocho horas y nada para el Sr. Caraveco! Este le halló explicación muy fácil,

—La pícara memoria... eso es.

Por consiguiente, nuestro hombre se trasladó al patio del Ministerio de la Gobernación, y allí estuvo de centinela hasta que llegó el coche del presidente. Apenas se detuvo aquél, corrió Caraveco, y anticipándose, abrió con una mano la portezuela, y con la otra se quitó el sombrero. El conde, al bajar, le preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—Señor, soy Caraveco, empleado cesante, con mujer y seis hijos...

—¡Ah! sí, ya recuerdo; pero he dicho a usted que haré lo posible.

—Mil gracias, excelencia.

Pero no culpemos a Caraveco de la rebelde memoria del ministro, y como ésta era el único esco-

yo, pues su voluntad estaba bien vista y expresada, aquél fué a encontrarlo algunas noches después en la escalera de su propia casa, y con la misma actitud humilde le dijo saludándole:

—Señor, soy Caraveco; empleado cesante, con mujer y seis hijos...

—¿Otra vez?—exclamó el conde reconociéndole.—No necesita usted molestarse más, señor...

—...Caraveco... Caraveco... Cara...

—¡Bien, bien, le tendré presente!—replicó el ministro apretando el paso.

En aquellos días el conde cayó enfermo de un enfriamiento, que a nadie preocupó por lo leve;

Y puede decirse que entonces fué cuando comenzó su campaña Caraveco.

Si el ministro iba a la iglesia, allí estaba nuestro hombre colocado entre aquél y el altar, e inevitablemente visible. Si iba al teatro, al entrar y al salir, murmuraba a su oído:

«Señor Caraveco, cesante, con mujer y seis hijos...»

En el Congreso y en el Senado, siempre encontraba el eterno Caraveco, primeramente en la puerta y luego en la tribuna de orden, celebrando con palmas los elogios dirigidos al gobierno.

El conde de San Luis había agotado todos los



pero cada mañana le llevaban al lecho con los periódicos una tarjeta concebida así:

Al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros

B. L. M.

J. CARAVECO

(empleado cesante, con mujer y seis hijos) que hace votos por su preciosa salud.

Estas tarjetas ayudaron a sudar al conde y a restablecerse.

Mas cuando salió de nuevo, halló en la puerta al cesante que le felicitaba, y no pudo contener su enojo.

—Señor mío: agradezco tantas atenciones; pero siento decirle terminantemente que nunca me será posible colocarlo.

Y mientras el ministro partía en su coche, el pobre Caraveco murmuraba:

—¿Qué oigo? El señor conde tiene ya buena memoria; mas ahora le falta voluntad... ¡Yo la conquistaré con paciencia!

medios de librarse del importuno: ni el desdén, ni la burla, ni el enfado, ni la amenaza, fueron eficaces. Era impotente contra aquel hombre fantasma, siempre humilde, respetuoso, suplicante. ¿Qué había de hacer con él? ¿De qué delito podría acusarle?

Pero es lo cierto que el conde no podía apartar ya de su imaginación al cesante, y que a veces le preocupaba más el fastidio del próximo encuentro ineludible, que un negocio de Estado. Llegó a repetir a solas maquinalmente aquel nombre que le ponía nervioso, y aun al acostarse miraba debajo de la cama, inseguro de que el cesante no se hubiera escondido allí para dirigirle su plegaria.

Por último, desesperado, aburrido, el conde tomó una resolución heroica.

Aquel día, al bajar de su coche en el ministerio, en vez de increpar duramente a Caraveco, le dijo:

—¡Sígame usted!... ¡Venga usted a mi despacho!

El cesante obedeció temeroso, y poco después se hallaba enfrente del ministro, que ocupaba su poltrona.

—¿De qué sueldo gozaba usted?

—Señor, de seis mil reales.

—Bueno, pues tome usted esta credencial de diez mil reales para las islas Canarias. Pero le advierto y le juro que si dentro de veinticuatro horas está usted aún en Madrid, le meto en la cárcel. Lo mismo le ocurrirá si se atreve a volver. Puede usted marcharse.

Caraveco, aturdido, confuso, emocionado, no respondió palabra; recogió su credencial y escapóse como una saeta.

El ministro supo por la policía que aquella misma tarde había salido Caraveco de Madrid.

Y entonces respiró.

III

Once años después de este verídico suceso, era Narváez jefe del Gabinete y D. Luis González Bravo ministro de la Gobernación. Un día vióse éste compelido con urgencia a remover varios empleados para colocar otros, y a fin de no dar *palos de ciego*, esto es, sobre los amigos de sus amigos, pidió el libro registro de recomendaciones.

—Vamos—dijo al jefe del personal—, ¿cuáles son, entre los más antiguos, los menos acorazados?

Del examen resultó que el más débil poseía las conchas de un caimán.

Sólo uno aparecía huérfano de toda defensa.

—Y a este Sr. Caraveco, ¿nadie le ha recomendado?—preguntó el ministro.

—No, señor... y si a V. E. le parece...

—Sí, hombre, sí, desde luego.

Fuése el jefe del personal, y González Bravo quedó buscándole explicación al fenómeno de que aquel empleado hubiera permanecido once años en su puesto.

Con efecto, desde 1853 a 1864 habían sido ministros de la Gobernación los Sres. Santa Cruz (don Antonio y D. Francisco), Huelbes, Escosura, Ríos Rosas, Nocedal, Armero, Bermúdez de Castro, Ventura Díaz, Fernández de la Hoz, Posada Herrera, Calderón Collantes, el marqués de la Vega de Armijo, Rodríguez Vaamonde, el marqués de Miraflores, Cánovas del Castillo y D. Alejandro Mon. ¿Cómo es que ninguno se había visto en la triste precisión de sacrificar al inofensivo Sr. Caraveco?

El gran estadista y hombre de mundo, más curioso cada vez, inclinóse sobre el libro y entonces distinguió algunas palabras medio borrosas, escritas con lápiz, de puño y letra del conde de San Luis, a continuación del nombre de Caraveco.

Estas palabras decían:

—¡Ay de quien le toque!

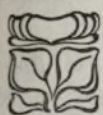
Apenas las hubo leído González Bravo, oprimió el timbre con fuerza y escribió también al margen:

—¡No seré yo!

COSAS DE ANTAÑO

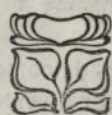
Estando el rey D. Pedro en los jardines de su famoso Alcázar le anunciaron que debía nombrar escribano mayor de cabildo y ayuntamiento. Quiso el mismo rey hacer examen de los que pretendían, para lo cual mandó arrojar a un gran estanque del jardín varias naranjas, enseguida ordenó que entrasen los pretendientes, y le fué diciendo a cada uno que diese fé de cuantas naranjas había en el estanque. Todos decían el número de tantas cuantas aparecían sobre el agua; hasta que habiendo llegado a uno de los ascendien-

tes de la familia de los Pinedas de Sevilla, y diciéndole el rey como a los demás, que diese fé de cuantas naranjas había; cogió una vara con la cual sacó fuera las naranjas y las contó y dijo al rey: «Señor, tantas son; de lo que doy fé.» D. Pedro le preguntó: «¿Que por qué las había sacado y hecho aquélla diligencia?» a lo cual replicó: «porque no podría dar fé de otra manera; bien podrían ser medias naranjas y aparecer como enteras. Entonces el rey le hizo escribano mayor del cabildo y ayuntamiento de Sevilla.



LA PATENTE 1300

CUENTO YANQUI, POR R. MAINAR LAHUERTA



—Romanticismo estúpido de los latinos, eso y no otra cosa es el pensar que las grandes invenciones puedan surgir de cerebros vacilantes por el hambre, y que los grandes inventores hayan de padecerlo muy intenso para torturar su ingenio con los estrujones de la necesidad, hasta lograr condensar el jugo de su meollo en una idea útil a la Humanidad, en un artificio original, en un producto nuevo, en una mecánica aprovechable.

Así se explicaba de sobremesa, en el soberbio comedor de su casa de Jacksonville, y ante unos cuantos amigos que le habían acompañado en el almuerzo, Mr W. Russton, mecánico distinguido, que había cimentado su fortuna ganando un centenar de miles de dollars con la invención de unos broches para guantes.

—Paréceme, querido—objetó el abogado mister J. Limpton—, que concedéis demasiada intervención en el progreso humano al filete de buey, y que podrían echar por tierra vuestro argumento el pobre sastre inventor de las máquinas de coser; Jaquart, el inventor del prodigioso telar mecánico moderno; el pastor alpino que ideó poner piedras sobre la tapadera del cacharro donde cocía sus

legumbres, adelantándose con ello a la marmita inventada por Papin, y tantos otros para quienes la falta de dinero y no sobra de alimento no fue obstáculo, y sí en algunos razón de grandes invenciones.

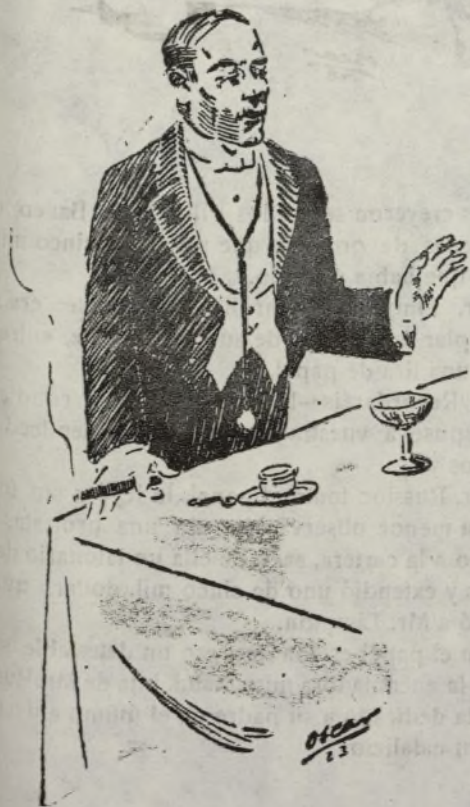
—Leyendas y sólo leyendas. Si hay alguno que inventase con el estómago vacío, ese es la excepción que confirma mi regla. Los otros no son inventores conscientes, los otros son..clientes de la casualidad.

—Si no hubiéramos almorzado juntos y no os hubiera visto atacar valientemente las fortalezas culinarias que vuestro excelente cocinero nos ha presentado, creería, Mr. Russton, a juzgar por la escasa consistencia de las razones que presentáis, que estábais atacado de la manía vegetariana y habíais devorado una gran ración de flatulentas habichuelas...

—¿No os he convencido? Voy a insistir. La mayoría de los que en Europa se llaman inventores, ya os lo he dicho, son clientes de la casualidad. El inventor, el verdadero inventor, es el que ante una necesidad, ante un problema, ante una dificultad o ante un obstáculo, medita, discurre, tantea, ensaya y aplica lo que sabía o lo que aprende al efecto, y al fin presenta el medio de satisfacer la necesidad, la solución al problema, la dificultad vencida o el obstáculo salvado. Y para el trabajo mental, primero, y material después, que forzosamente ha de realizar, necesita del filete de buey o de sus sucedáneos; necesita comer bien para no discurrir mal.

—Sigo, a pesar de que predicáis con el ejemplo más elocuente, sin convencerme por completo. Nosotros, los americanos, tenemos por norma de vida una sólida alimentación, y, con todo, en aquel trabajo en que la inteligencia brilla en todo su esplendor, en que la imaginación ostenta todas sus galas, en que todo se inventa, pues que todo se crea, en la poesía, en fin, no hemos hecho nada que valga la pena. Tenemos ingenieros no ingeniosos, tenemos quizá el ingenio que aplica, no el ingenio que asombra.

—Os devuelvo lo de las habichuelas, mister Limpton. Y ahora, decidme: ¿Para qué sirven todas esas poesías? Contestadme sin hacerlas. Pero no, no me contestéis, es indigno de dos ciudadanos de los Estados Unidos enredarse en una discusión de palabras. Terminemos la nuestra de la manera más americana que podamos terminarla con una apuesta. Yo he sostenido y sostengo que des-



pués de comer bien se está en mejores condiciones de ser inventor que cuando se tiene hambre, y sobre todo hambre crónica. Proponedme un tema para una invención; yo os pediré el tiempo y la comida necesarios para resolverlo, y si no consigo la solución pierdo la apuesta, que puede ser de cinco mil dollars, si os place la suma.

—Aceptado, Mr. Russton. Son cinco mil dollars por mi cuenta, salvo que estos señores quieran ayudarme en la apuesta.

Los restantes comensales contestaron a esta invitación, diciendo que, como buenos americanos, estaban de parte de Mr Russton.



—Sea yo solo, pues así lo queréis. He aquí el tema para la invención: puesto que para míster Russton lo más inútil del mundo parece ser la bella poesía, yo le propongo que la presente en forma que sea útil o utilizable. ¿Qué tiempo necesitáis, Mr Russton?

—Difícilillo es el tema; por eso he de pedir lo menos... diez días, y en cuanto a comidas...

—Las que queráis, Mr Russton; cuento a mi favor con las indigestiones.

—Pues está hecho, míster Limpton; esta es mi mano.

—Hecho está, míster Russton, ahí va la mía; pero antes una observación: la utilidad del invento ha de ser reconocida por todos los presentes, si yo la negase, incluso por el propio inventor que habrá de aplicarla.

—Aceptado, aceptado—contestó míster Russton.

Ocho días después de esta apuesta, el *Boletín Oficial de Invenciones y Descubrimientos* de Jacksonville publicaba la siguiente nota: «Patente 1.300. Concedida a Mr. Russton, mecánico, por unos rollos de papel higiénico con poesías impresas en una de las caras.»

Puntuales como cronómetros acudieron al expirar el décimo día a la casa de Mr. Russton los testigos de su apuesta con Mr. Limpton; tampoco se hizo éste esperar, por cierto que a todos sorprendió el que después de la nota publicada en el *Boletín*, apareciese, no como vencido, sino como aire de triunfador y con un envoltorio en la mano que



todos creyeron serían los billetes de Banco o las monedas de oro con que pagar los cinco mil dollars que había perdido.

Mr. Limpton desenrolló su paquete; era... un ejemplar del invento de su contrincante, entregó a éste una tira de papel, y

—¿Recordaréis—le dijo—la última condicional que puse a vuestra apuesta? Pues bien leed estos versos y...

Mr. Russton tomó el papel, lo leyó y sin formular la menor observación, sin una protesta, echó mano a la cartera, sacó de ella un talonario de cheques y extendió uno de cinco mil dollars que entregó a Mr. Limpton.

En el papel estaba impreso un detestable soneto que la encantadora miss Maud, hija de Mr. Russton, había dedicado a su padre en el último aniversario de su natalicio.

INFORMACIONES CURIOSAS

EL EXTRAÑO DESTINO DE LOS REYES DE GRECIA

En nuestros días tiene grandes riesgos el oficio de rey; pero en Grecia es más peligrosa la profesión que en parte alguna. Afortunadamente no ha tenido Grecia muchos jefes de Estado. ¡Pero qué trágico destino! Dos fueron asesinados, dos destronados (uno repuesto y vuelto a destronar) y otro mordido por un mono, de cuyo accidente murió.

El conde Juan Capodistrías, primer jefe de Estado griego, fué elegido en 1827, con el título de presidente del Poder ejecutivo.

La elección no careció de dificultades, y se comprende, teniendo presente la Grecia de antes de esa fecha.

Sometida al yugo turco, la antigua Hélada se componía entonces de 54 distritos, cada uno bajo una familia poderosa, que hacía levadas de soldados y guerreaba contra los otomanos y más frecuentemente contra sus vecinos.

Estas divisiones favorecían, naturalmente, a Turquía y arruinaban definitivamente a Grecia, si por una clara visión de las cosas los jefes de los bandos griegos no hubieran comprendido que debían dar fin a sus disensiones.

En consecuencia, se dirigieron a uno de sus



Ultimo retrato del ex-Rey Constantino de Grecia, que ha muerto desterrado en Palermo, después de haber abdicado por segunda vez el trono.

compatriotas, originario de Corfú, instruido en Italia; por haber sido funcionario de la diplomacia, Francia, Inglaterra y Rusia se apresuraron a reconocerle, con la esperanza de que restableciera el orden en la Hélada.

El 20 de Junio de 1828, el conde Capodistrías hacía su entrada solemne en Nauplia, capital de Grecia, y era saludado por la artillería de los buques y de los fuertes.

Su capital, triplemente sitiada por la miseria, la peste y el hambre, no era una estancia de los dioses; pero era la villa del poder, del cual Capodistrías usó y abusó.

Había que preguntar a qué escuela pertenecía este singular diplomático, que la primera vez que se le presentaron los jefes que lo habían nombrado no les escatimó estas palabras: «¡Ladrones, impostores!» Este fué su primer saludo, y sin oírles explicaciones los hizo arrojar fuera por sus guardias.

Lo curioso es que tal procedimiento le dió buen resultado, porque se le consideró con alma de jefe, con capacidad para el mando. Pero al centralizar en sus manos la administración, arruinaba a las antiguas familias, acabando por rebelarse una de ellas, los Mavromichalis, contra el poder tiránico.

Conocedor Capodistrías de un complot fraguado en Nauplias por los Mavromichalis, encarceló al jefe de la familia, Pietro-bey, e hizo vigi-



El ex-Rey Constantino custodiado por dos soldados antes de su embarco para el destierro.

lar estrechamente a su hermano Constantino y a su hijo Georgaki, los que desembarazáronse de sus vigilantes y se apostaron a ambos lados de la puerta de la iglesia de San Espiridión, a la que sabían que Capodistría iría a misa al amanecer.

Apareció el conde a las seis de la mañana, seguido de dos criados.

Aunque sus enemigos se ocultaban, los vió cuando iba a entrar y retrocedió.

Sin embargo, fué alcanzado por un pistoletazo en la cabeza y una puñalada en el vientre.

Pagaron bien cara su fechoría. Constantino fué herido por uno de los criados del presidente y llevado a una casa próxima. Después, arrastrado, desnudo y sangrando, fué arrojado al mar. Su cofrade pudo refugiarse en el jardín del ministro residente francés, y más tarde sometido a consejo de guerra y fusilado.

Destronamiento de Otón de Baviera, segundo rey de Grecia

Fué preciso buscar otro rey después de un inútil interregno de un año con Agustín Capodistrías, sucesor de su hermano, y del vano ensayo de un aerópago gubernamental formado por siete miembros.

Fué elevado al trono Otón, hijo menor de Luis II el Demente, de Baviera.

Tenía 17 años; era alto, pálido y de poca salud, designándole su padre como regente al conde de Armausperg, a los que asistirían dos ilustres consejeros bábaros, un Consejo de Estado y un general de la misma procedencia.

Entró en la capital el 5 de Febrero de 1833, en medio de las aclamaciones de un pueblo ebrio de alegría. En la primera ocasión que se presentó fué trasladada la capitalidad a Atenas.

Casó el rey con una hija del gran Duque de Oldembourg, que empleó toda su voluntad en ganar las voluntades de los griegos; pero Otón era débil de cuerpo y de espíritu y viejo prematuro que en vez de gobernar era gobernado.

El pueblo le reprochaba que estaba rodeado de alemanes y además que no tenía sucesión. La situación era inquietante, hasta que un día la Cámara le significó que debía retirarse, y Otón, después de reinar treinta años, hubo de abandonar su reino más a prisa que había venido a él.

Muerte de Jorge I, tercer rey

Otra vez Grecia sin rey, volvió a ensayar prescindir de él, y al cabo de un año tornó a solicitar

uno, dirigiéndose a Inglaterra, que se lo negó. Volvió la vista a Bélgica, con idéntico resultado, y al fin Cristian IX, de Dinamarca, envió a su hijo Jorge, de 18 años de edad.

El joven se encontró aislado o demasiado extranjero, pues ni hablaba la lengua de sus súbditos; recordaba su país y creyó no poder sostener el peso de la corona que habían puesto en sus sienes.

Reinó treinta años y sufrió derrotas (guerra greco-turca en 1899) y gozó victorias (guerra turco-balcánica en 1912). También experimentó los efectos de una revolución en 1899, pero supo estar de acuerdo con la voluntad nacional.



El Rey Alejandro de Grecia, con su esposa Mlle. Manos, días antes de su misteriosa muerte, ocasionada al parecer por la mordedura de su mono favorito.

Casó con la gran duquesa Olga, de la que tuvo cinco hijos. Fueron el matrimonio tan queridos de sus súbditos, que aún hoy se ve su retrato en lugar preferente de muchos hogares y de muchos establecimientos.

Parecía que su reinado había de terminar sin tristezas; pero estaba escrito que los reyes de Grecia serían destronados o asesinados, y Jorge I fué asesinado en Salónica a las cinco de la tarde del día 13 de Marzo de 1913, al salir de su palacio, acompañado de su hijo Nicolás y de su ayudante el coronel Francondis.

Alejandro Shinas, individuo de origen griego, lo mató de un tiro, sin que se pudiera averiguar el móvil que a cometer tal crimen le impulsara.

En el sitio en que cayó el rey para no levantarse, se ha erigido una capilla ante la que constantemente la guardia un soldado griego noche y día.

Jorge era, en la guerra europea, partidario de la *Entente*.

Agitado destino de Constantino, cuarto monarca

El cuerpo del rey Jorge fué llevado al hospital de Salónica. Allí condujo el príncipe Nicolás a los oficiales superiores del Ejército y de la Armada y a los altos dignatarios de la ciudad, haciéndoles jurar, ante los despojos de su padre, fidelidad a su hermano, el nuevo rey Constantino, que se hallaba en Janina y fué avisado inmediatamente.

El reinado que terminaba constituyó un paréntesis de treinta años en la influencia alemana sobre Grecia en tiempos de Otón de Baviera; pero con el



El actual Rey de Grecia Jorge II y su esposa la Princesa Isabel de Rumania.

que se inauguraba volvía de nuevo, pues Constantino, casado con la princesa Sofía de Prusia, hermana de Guillermo II, era un admirador de éste.

El famoso estadista Venizelos, puesto en entredicho por el rey, se fué a Salónica donde formó un gobierno nacional, después de sostener una larga lucha por atraer al soberano al buen camino.

No lo consiguió, y Constantino no pudo evitar que al fin los aliados le impusieran la abdicación. Eran los protectores de Grecia, y con más o con menos descaro, el rey estaba siempre colocado al lado del enemigo.

Comprendió que toda resistencia era inútil, y reunió un consejo de familia, al que asistieron la reina Sofía, el Diadoco Jorge, los príncipes reales Alejandro y Pablo, y los príncipes Nicolás y Andrés. Expúsoles el rey la situación y expresó la necesidad de salir de Grecia.

Luego, dirigiéndose al príncipe Alejandro, le dijo: «Las potencias protectoras me han dado el derecho de elegir entre tu hermano Pablo y tú. A ti es a quien encargo que me reemplace». El joven príncipe rompió en sollozos. No se sentía con fuerzas para asumir tan pesada carga, y no quería quedarse solo.

La reina Sofía protestaba con gritos y lágrimas y se oponía a la abdicación; había que esperar la ayuda de Alemania que no podía tardar. Pálido de cólera, Constantino replicó: «¿Dónde están las divisiones de Mackensen que deben echar al mar a Sarraíl y recobrar mi armada del Peloponeso?»

Delegaciones de oficiales y de funcionarios vinieron a suplicar al rey que se quedara; les dió las gracias, pero dirigió su proclama de despedida al pueblo heleno.

El 14 de Junio de 1917, salió para el destierro el rey Constantino.

Fin trágico de Alejandro.

Al dejar Constantino a su hijo, espantado del papel que iba a asumir ante la historia, y salir de Grecia, le dijo: «Guárdame mi trono; todo esto no es más que provisional.»

El joven príncipe, con entera sinceridad y queriendo ser útil a su país, preguntó al quedarse solo cómo debía proceder. Alguien le contestó: «Majestad, firmad durante seis meses lo que os presenten vuestros ministros, y viajad por Europa con los honores reales durante los otros seis meses del año.»

Así lo hizo, y a su vuelta del viaje que emprendió, fué mordido por un mono en su propio palacio, y después de un mes de sufrimientos, falleció.

Nuevamente se halló Grecia sin soberano, produciéndose gran inquietud en el pueblo heleno.

Venizelos emprendió una gran campaña electoral, diciendo al pueblo: «Constantino o yo», respondiendo el cuerpo electoral: «Constantino», en 14 de Noviembre de 1920.

Otra vez Constantino.

Los griegos recibieron delirantemente a su rey, y éste, como se sabe por lo reciente que es, condujo a su país a otra guerra con los turcos, en la que ha sufrido una de las más completas derrotas que la historia registra.

Otra vez fué destronado y sustituido por su hijo menor.

Ha muerto en el destierro, siendo tan desgraciado, que hasta su cuerpo ha sido rechazado por los que fueron súbditos suyos.

Grecia no ha querido que reposen los restos de Constantino en tierra helena.

POR NUEVOS DERROTEROS

LOS CONTRABANDISTAS AÉREOS

Siempre ha ofrecido ganancias codiciables el dedicarse a burlar los derechos de aduanas, y ahora las circunstancias excitan más vivamente aún la ambición de los que no son escrupulosos para con las leyes.

La crisis de la alimentación, la carestía de las materias primas y de los productos manufacturados, la creación de impuestos nuevos, el aumento de los derechos de exportación y de importación, la inestabilidad de los cambios y varias causas más, son otros tantos motivos para estimular las inteligencias a fin de hallar medios de rebasar los límites de un

país cualquiera, con mercancías que hubieran de pagar mucho o que esté prohibida su entrada o salida.

Pronto se piensa en el avión, medio que hoy existe de pasar por encima de las zonas vigiladas sin que los vigilantes puedan molestar la aeronave. Con ella pueden pasarse, encajes, tabaco, perfumes de precio, licores de marca, antigüedades, diamantes, perlas, joyas y objetos preciosos y raros.

Un avión que vuele a unos dos mil metros sobre las cabezas de los empleados de aduanas y de los carabineros, es un punto que apenas se percibe desde tierra ¡qué gran provecho se alcanzaría dedicándolo al contrabando en gran escala y bien organizado!

Pueden ir a bordo de un aeroplano, verdaderas fortunas, puesto que alcanzan una capacidad de transporte de varias toneladas.

Son tantas y tales las ventajas del contrabando aéreo, que maravilla que no esté ya organizado. Aunque bien es verdad, que si lo está, no han de venir a decírnoslo.

Supongamos que se organiza. Para realizar el transporte de mercancías prohibidas a través de una frontera ¿qué se necesita? Puntos de partida y de aterrizaje convenientemente elegidos y varias aeronaves apropiadas para este servicio.

Sentemos que un particular posee un avión de turismo, alojado en una posesión cercada, en la que los agentes de la autoridad no podrán penetrar sin mandamiento judicial. Como el propietario tiene perfecto derecho a comprar las mercancías de su uso en las cantidades que guste, puede abarrotar su finca de ellas, como puede también colocarlas en un carro, en un auto o en un avión, sin que las leyes se lo impidan. Pero el avión una vez cargado, podrá levantar el vuelo, remontarse a una altura conveniente y franquear la zona peligrosa sin que se lo puedan estorbar; sea de noche a favor de la



Hoy en los puertos aéreos se halla establecida la oficina fiscalizadora, que impide el contrabando que pueda realizarse por la vía del aire.

obscuridad, sea de día por encima de las nubes, no siendo esto más que un juego para él.

La única dificultad es hallar un sitio a propósito para aterrizar y alejar el cargamento.

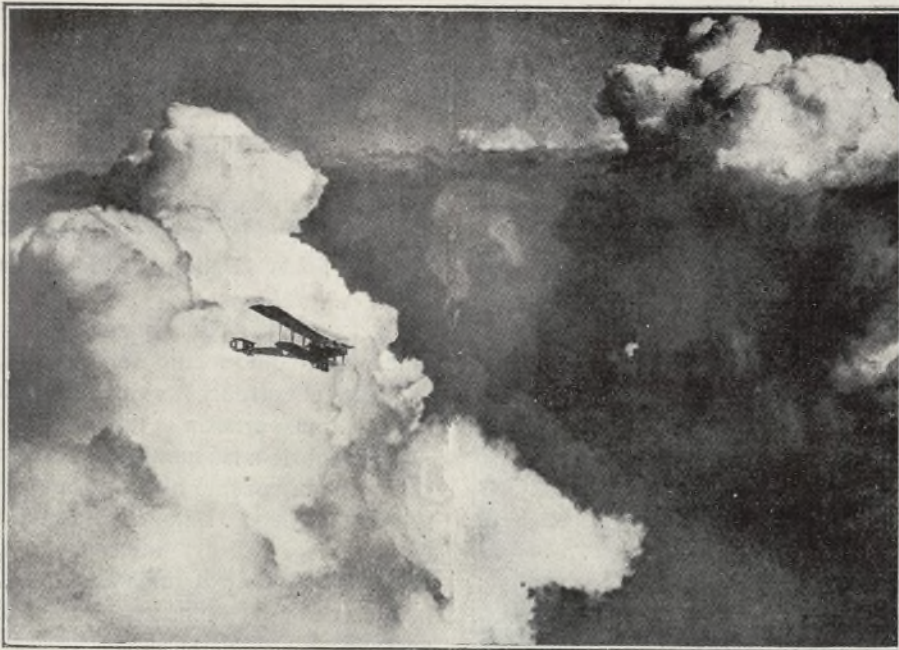
Si recordamos que en la guerra europea los aviadores cuando era necesario depositaban un espía en territorio enemigo y después volvían por él, veremos que ahora el problema está muy simplificado.

También hay que fijarse en que realmente no tiene el aeroplano necesidad de tocar al suelo, porque puede dejar caer desde cierta altura la carga

pueden aprovechar una corriente favorable de viento, marchan sin hacer uso del impulsor, y como van sin ruido, no acusarán los escuchas su aproximación.

Para montar y explotar el negocio, se necesitarían, un hangar para dos aviones, un taller de reparaciones, un depósito de piezas de recambio, un almacén para las mercancías y una oficina para la administración.

Según las empresas actuales, explotadoras de líneas regulares aéreas, el capital empleado se amortiza en un año. Los gastos de funcionamiento,



... Un avión que vuela a unos dos mil metros, sobre las cabezas de los empleados de aduanas y de los carabineros, es un punto que apenas se percibe desde tierra...

si no es frágil, y hasta echarla a favor de un paracaídas para que llegue suavemente a tierra. Ya habrá cómplices que recojan lo arrojado y lo conduzcan como y donde convenga. La operación puede durar pocos minutos.

Contra esto podrían establecerse puestos de escuchas a lo largo de fronteras y costas, análogos a los empleados también en la guerra, denominados D. C. A. (Defensa contra aviones) y así se conocería la presencia del avión y la altura y dirección que llevara; esto es, se descubriría desde lejos al contrabandista.

Además, hay que contar, con que no son solo los aviones los que pueden ser aplicados al contrabando, pues también están llamados a que se use de ellos, los dirigibles, de los que se construyen pequeños apropiados para eso. Y estos aparatos, si

alcanzan a unas 30 pesetas por kilómetro recorrido.

Calculando 100 kilómetros en total, para cada viaje de contrabando, importaría 3.000 pesetas.

Ahora, suponiendo una carga de tabaco de 500 kilogramos, ganando en cada uno 15 pesetas, que no es gran cosa, porque hay que contar con la acertada elección de las labores con que se operara, dejaría cada viaje un beneficio de 4.500 pesetas. Si se hacían tres viajes semanales, al año se ganarían 732.000 pesetas. Esto, sin contar con los beneficios de otras mercancías de alto valor en poco peso.

Ciertamente, se dirá acaso, que en octubre de 1919, se reguló el paso de naves aéreas por encima de los países signatarios, en una convención internacional; mas en la práctica es casi inaplicable, y sobre todo en relación a lo que nos ocupa, se trata de quienes operen al margen de las leyes.



UN PASEO SOBRE SKIS



El pico más elevado de los Alpes bernezes, es el llamado *Finsterahorn*, a 4.275 metros de altitud. Constituye el *desideratum* de los más atrevidos alpinistas, subir a él y contemplar la inmensidad blanquísima pura que se domina. El auxiliar más precioso para realizar tan arriesgada ascensión, es el ski.

Este instrumento insustituible hasta el día, para caminar sobre la nieve, es según unos, tan viejo como es el mundo, y según otros, es casi tan joven como el siglo actual.

Es lo cierto, que desde hace mucho tiempo, se da el hombre cuenta de que sobre la nieve fresca se camina mal, que se hunden en ella los pies, que las piernas se ven aprisionadas, y no pueden moverse con rapidez, sino con grandes esfuerzos. Agrandando la base de sustentación, disminuye la presión por unidad de superficie consiguiendo de este modo sostenerse. El ski, el trineo y otros medios diferentes, no son sino realizaciones de esta solución.



El deporte del ski se aprende sin necesidad de acudir a la nieve. He aquí como se ejercitan las lindas damas antes de lucir sus habilidades en los campos nevados.

Los historiadores del ski, no se recatan para buscarle títulos de nobleza desde allá de los tiempos de Xenofonte, 400 años antes de Jesucristo, en que se observó que los montañeses armenios, durante la retirada de los Diez mil, ataban bolsas a los pies de sus caballos para evitar que se hundieran en la nieve.

Strabón, veinte años antes de la Era cristiana, también en los armenios señala es empleo de los discos contra el hundimiento en la nieve. Sea de ello lo que quiera, lo que parece cierto es, que el ski nació en el norte, en Escandinavia, en la Laponia y en la Siberia.

Háblase en Noruega corrientemente, de que desde el siglo X se le compara al barco en el mar, y hasta el poeta Gralhorn-Sindac llega a llamar al navío «*ski del mar*».

En el siglo XVI, era empleado como deporte y no únicamente como medio de transporte.

Luego, el correo y los caminos de hierro, no solamente transportaron la noticia de la existencia del nuevo deporte a las montañas alemanas del norte, sino que muy pronto hicieron su aparición en ellas skisistas noruegos. Entonces algunos individuos de la Selva Negra, de los Montes de los Gigantes y de Suiza, se ataron en seguida a los pies, las planchas largas venidas de Noruega, e hicieron mediocres ensayos.

Hasta 1890 no se comenzó a progresar, si bien muy lentamente, viniendo poco después la noticia de la expedición de Nausen a través de la Groenlandia, con ski, apareciendo a poco su obra, acompañada de una historia y de una técnica del mismo.

La influencia de los trabajos realizados por Nausen y la de su obra escitaron a la persistencia en el nuevo deporte. Después de un estancamiento, volvió la afición a desarrollarse llegando a su apogeo cuando los estudiantes noruegos en Darsustadt, demostraron en la Selva Negra, cómo puede servir muy útilmente el ski. Durante mucho tiempo, los skinistas de esta región, marcharon a la cabeza del movimiento.

Se formaron numerosas agrupaciones en Austria que contaban con cerca de diez mil socios alguna.

El movimiento pasó a Suiza y después a Francia, fundándose una escuela normal en Brianson en el año 1903, seguida de un primer Concurso Internacional, en el Monte Génève, el 1907.

El ejército francés tiene actualmente en los Alpes batallones de skistas reputados, y merced a los esfuerzos del *Club Alpino* y del *Touriug-Club* son campos extensos casi reservados a ese deporte, las estaciones de invierno francesas, de los Alpes, los Pirineos, el Jura, los Vosgos y el Macizo Central.

En ellos se han hecho los records del mundo de salto en ski, batido en el día por O. Gunderseu, con 42'16 metros.

En el curso de sus ascensiones, los alpinistas que suben a alturas como la del Finsteraarhorn, manifiestan una gran maestría en su arte.

Antes de emprender la subida, se someten a un entrenamiento.

Practican el salto sobre un trampolín de nieve, en una pendiente, por la que descienden con velocidad acelerada al dejarse resbalar.

Cuando están entrenados y acometen la ascensión, esta la realizan lentamente; cuando la inclinación del terreno aumenta, tienen que subir por escalones, y de costado, a fin de que los ski caigan de través y sienten sobre el suelo toda su superficie.

Suelen alcanzar algún vallecito, y entonces se dejan deslizar vertiginosamente, subiendo una parte de la opuesta pendiente en virtud de la velocidad adquirida.

Desde la altura de 2.000 metros, la ascensión tienen que hacerla con gran prudencia; han de sondear la nieve para cerciorarse de que el piso es firme y no cubre una profundidad disimulada.

Hay también necesidad de pasar las grietas del hielo, sirviéndose del ski como puente; y cuando hay ocasión de deslizarse con rapidez, a veces es preciso frenar bruscamente para quedarse al borde de una sima que se interpone, con gran peligro de caer en ella.

Ya cerca de los 4.000 metros, los skis no sirven por lo abrupto del terreno, y hay que echar mano de las raquetas, que forman parte del equipaje que el alpinista lleva a la espalda. Súbese entonces por escaleras labradas a pico en el muro helado y casi vertical. Un esfuerzo más, y es alcanzada la ansiada cúspide, desde la que se domina una inmensa blancura sobre un mar de nubes, y en solemne e impresionable silencio.

En el descenso, los primeros pasos son más difi-

ciles que a la subida, por el carácter de los escalones practicados en el hielo.

Pero pronto se enfrentan con amplias pendientes que constituyen el gran triunfo de los skis. Basta dejarse deslizar, y constantemente va aumentando una loca velocidad que llega a la de los trenes rápidos. Pero hay desprendimientos de las masas de nieve, que destacan pequeñas avalanchas, con ma-



El ski es deporte que atrae multitud de turistas hacia las bellas ciudades de los Alpes Suizos.

yor rapidez aún, y de las que es necesario librarse.

También puede ser la pendiente demasiado brusca, y entonces el alpinista ha de descender en zigzags, como si trazara un camino de montaña; y otras veces tiene que patinar con un pié sobre otro, a fin de pisar menos suelo blando.

En resumen: la velocidad del descenso en esa enorme longitud pendiente en que resbalan los skis, después de haber experimentado el encanto de contemplar desde la cúspide la inmensidad blanca, compensan bien las angustias de la penosa ascensión.





LA ELOCUENCIA MILITAR



No es la oratoria misión ineludible para un militar; *sus arreos deben ser las armas y su descanso el pelear*; su literatura debe ser concisa, clara y severa, al dictar órdenes y al emitir sus informes; empero cuando en los lances dudosos deba elegir el más digno de su espíritu y honor: cuando llegue a verse en situaciones angustiosas y difíciles, ante un enemigo superior en fuerzas, sin esperanzas de victoria, y con el espíritu y la moral de su tropa abatidos, debe sobreponerse así mismo, desarrollar todas sus energías y dejar hablar a su corazón, que Dios pondrá palabra en su boca que sugestione, que hipnotice a sus soldados para arrojarlos a la pelea con la esperanza del triunfo, afrontando peligros, despreciando la muerte y soportando amarguras, privaciones y fatigas.

«¿Qué formas tan caprichosas, qué reglas tan especiales, qué giros tan extraños ha de tener el discurso pronunciado sobre un montón de ruinas por tribuna, con un suelo alfombrado de cadáveres, ante un auditorio armado, agitado por las pasiones más opuestas, y que reúne en sí todas las jerarquías sociales, todos los grados de la inteligencia!»—dice Villamartín en sus *Nociones de Arte Militar*.

Una palabra, una frase feliz y oportuna, bastan para transformar hombres víctimas del pánico en héroes.

—*¡Adelante caballeros de Castilla, que yo soy vuestro Rey!*—dijo D. Fernando el Católico al acometer brioso en la batalla de Toro, cuando se vio arrollado por las huestes portuguesas, y se convirtió en victoria lo que debió ser derrota.

En el sitio de Fosara los enemigos del Papa hicieron huir a sus tropas, pero García de Paredes que estaba en reserva con su compañía de españoles, la arengó en esta forma: *¡Ea amigos, no os dejéis vencer de vuestros vencidos de ayer; pues sois españoles no sois solamente victoriosos, sino la misma victoria; García de Paredes soy; seguidme!* y recogieron los laureles del triunfo.

—*¿Y la retirada?*—preguntó un oficial al general Alvarez de Castro, que le estaba dando instrucciones para hacer una salida de la plaza de Girona. *Al cementerio*—contestó secamente el héroe.

—*¡Guerra a cuchillo!*—contestó Palafox a la intimación que le hiciera Lannes para que entregase a la inmortal Zaragoza.

Estando la plaza de Irún en poder de los carlistas y atacada por una división inglesa, en presencia de multitud de franceses que contemplaban el asalto allende la frontera, el gobernador al recibir el parlamento requiriéndole la rendición, contestó: *Nos contemplan los franceses, nos atacáis los ingleses y nosotros somos españoles, y no nos rendiremos sino ante tropas españolas.* Y así fué.

En esa misma primera guerra civil, a un puñado

de carlistas que defendían denodadamente una casa, les concedió Espartero que saliesen con todas sus armas y a tambor batiente, y al desfilar por delante de sus tropas dijo a éstas: *Son españoles, y españoles valientes como vosotros. ¡Batallones, presenten las armas!*

En la batalla de Ceriñola, vuela el polvorín haciendo retemblar la tierra, y entra el terror en las tropas, pero Gonzalo de Córdoba las alienta gritándoles: *¡No temáis muchachos, son las luminarias de la victoria! ¡Adelante!*

—*Ni aún los peces han de cruzar el Mediterráneo, como no lleven en el lomo las armas de Aragón*—ordenó a las tripulaciones de sus naos el intrépido almirante Roger de Lauria. Y el Mediterráneo se convirtió en un lago aragonés.

—*Madrid perece víctima de la perfidia francesa. ¡Españoles, corramos a salvarla!*—fué el grito de guerra del modesto alcalde de Móstoles en 1808, que resonó por todos los ámbitos de la Península, y levantó a todos los españoles en defensa de su sacrosanta independencia.

—*Antes que las naves españolas dejen de cumplir con su deber, preferirán quedar sumergidas en estas aguas; porque España mejor quiere honra sin barcos que barcos sin honra*—contestó Méndez Núñez al almirante norteamericano que quería impedirle el bombardeo a la plaza del Callao.

Estas y otras muchas frases mágicas podríamos seguir rebuscando en nuestra fecunda Historia Militar, que han servido en ocasiones de desalientos y desmayos de nuestros ejércitos de mar y tierra, para hacer resurgir el valor, la energía y la acometividad, cambiando las derrotas en resonantes victorias. No fueron fanfarronadas, no; fueron chispas eléctricas que encendieron el fuego sagrado del patriotismo. La Historia nos atestigua que dieron sorprendentes resultados.

Bueno es hoy el refrescar nuestra memoria con esos rasgos de nuestros más ilustres caudillos, en medio de los flamantes desastres de Melilla, que sonrojan nuestros rostros por las afrentas inferidas por las hordas rifeñas. Ansias tienen nuestro Ejército y nuestra Armada de vengar esas injurias y restablecer su honor a la altura que le corresponde a esta Nación vilipendiada. ¿Dónde está el caudillo que con cálida frase levante los espíritus? ¿Dónde el Gobierno que ha de excogitarlo y darle plenos y omnímodos poderes para desarrollar un plan de campaña, sin imposiciones ministeriales?

El Ejército español no es hoy como antes el brazo armado de la Nación, es *toda la Nación en armas*, que espera la voz de A FORMAR, para marchar a vengar esos ultrajes, y para volver por los fueros de su honor mancillado.

MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO

Dos sonetos

de

Enrique López Alarcón

BOTÍN DE GUERRA

Detrás de un escuadrón de timbaleros,
sobre un caballo con jaez de flores,
marcha el jefe de aquellos vencedores
cercado de un plantel de alabarderos.

Tras él va una legión de prisioneros
compuesta de famosos campeadores,
testigo de que son los triunfadores
la flor entre la flor de los guerreros.

Luce el rey, paladín de paladines,
un casco de ondulantes lambrequines,
que tiernos rozan la púrpura capa.

y formada de exóticas banderas
ciñe el bridón real a sus caderas
una extraña y magnífica gualdrapa.



SOY ESPAÑOL

Luzco del mundo en la gentil pavana,
junto al recio tahalí de mi tizona,
una cruz escarlata que os abona
mi abolengo de estirpe castellana.

Llevo en los hombros ferreruero grana,
guio el mostacho a usanza borgoñona
y mi blanca gorguera se almidona
bajo mi crespá cabellera cana.

Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes,
mil siervos en la falda de los Andes,
calderas y pendón, horca y cuchillo;

un condado en la tierra montañesa,
un fraile confesor de la condesa,
diez corceles, cien pajes y un castillo.

Los rascacielos de Nueva York

El rascacielo, como el tren elevado, es una concepción moderna, típicamente americana. La concentración de los negocios de una ciudad de seis millones de habitantes en el extremo de una isla pequeña, y la necesidad de no perder el tiempo recorriendo grandes distancias para el despacho de los asuntos, hicieron que la demanda de locales para oficinas en la ciudad baja fuera extraordinaria, hasta el extremo de valer el pie cuadrado de terreno 2.880 pesetas en la esquina de Broadway y de la calle Wall. Pero la palabra *imposible* no existe para los americanos no pudiendo extender las construcciones horizontalmente, pensaron hacerlas hacia arriba, e idearon las ciudades verticales o rascacielos.

Un rascacielo es una ciudad completa: los diferentes pisos equivalen a las casas; las escaleras, a las calles; los ascensores son los trenes y tranvías, y tiene, además, su conducción de aguas, fábricas de luz y de calor, comunicación con los trenes subterráneos, oficinas de correos y telégrafos, policías uniformados, restaurantes, barberías, baños, tiendas, bancos, bibliotecas, puestos de periódicos y una población diurna de varios millares de personas, que puede satisfacer todas sus necesidades sin salir del edificio. Los rascacielos se dedi-

can solo a oficinas, y se cierran cuando éstas, a las cinco o las seis de la tarde.

La construcción de un rascacielo es una de las obras maestras de la ingeniería moderna. Los cimientos se echan sobre la roca, que, a veces, no se encuentra sino a 40 o más metros de profundidad,

y su resistencia se calcula para soportar las siguientes presiones: peso de los materiales del edificio, que en algunos casos llega a noventa mil toneladas; presión ejercida por el viento sobre los costados del edificio, y que es muy de tener en cuenta en Nueva York, donde siempre sopla un fuerte viento, y peso de los muebles y de las personas. Para cimentar se emplea la cámara neumática usada en los puentes; al llegar a la roca, se nivela ésta, se rellenan de cemento las cámaras, y quedan formando sólidos pilares, sobre los que se asienta el edificio.

Para construir éste, se usa una armadura metálica de barras de acero soldadas entre sí, puesto que las pilas no sostienen los pisos, como en el sistema antiguo, sino que sirven tan sólo para defenderse de la interperie, y están sostenidas por pilas al nivel de los pisos; y dicen los arquitectos que no hay ningún obstáculo mecánico para la construcción de casas de cien pisos.



He aquí el mayor rascacielo del pueblo gigante. Es una verdadera ciudad vertical, en la cual los pisos equivalen a las casas, las escaleras a las calles, los ascensores a los trenes y tranvías.

El edificio de la «Standard Oil Company» es notable por un ingenioso procedimiento empleado para sostener los últimos pisos. Al tratar de colocar seis de éstos sobre los nueve del antiguo edificio, se calculó que los cimientos no resistirían el peso adicional; pero esto no fué obstáculo, pues se adquirió un terreno colindante, en el que se elevó un rascacielo de armadura metálica, y adosados a él se construyeron los seis pisos, que, colocados sobre el edificio primitivo, no pesan sobre él en lo más mínimo, ya que están colgados del nuevo rascacielo.

Dada la enorme masa de los rascacielos, la presión del viento sobre ellos es tremenda; tal, que algunas veces, a causa de la oscilación del edificio, se paran los relojes y se mueve el agua en los recipientes de los pisos superiores, para evitar esto, que, por cierto, no afectan en nada a la seguridad de la construcción, el edificio Singer, sobre el cual se calcula la presión del aire en 42.666 metros-toneladas: tiene unas «anclas contra el viento», consistentes en un juego de gruesos barrotos de acero incrustados desde una profundidad de 16 metros en los cimientos del edificio, y que sujetan a éste.

Un efecto notable de la enorme masa de acero de los rascacielos es la desviación de las brújulas de los barcos en la bahía y hasta 7 grados mar adentro.

Hay doce o quince rascacielos notables por su altura, por su riqueza o por su elegancia, y entre ellos, los principales, después de Woolworth, que es el rey de todos, son: el Metropolitan, de 55 pisos, reproducción en mármol del Campanile de San Marcos de Venecia, con el reloj mayor del mundo; el Singer, rojo y verde, y que, poderosamente iluminado por reflectores, es visible por la noche desde 30 kilómetros de distancia; el Flat Iron, llamado así porque tiene la forma de una plancha, y que, visto de frente, semeja la proa de un inmenso navío, y el Hudson Terminal, dos macizos edificios gemelos, casi cuadrados, de color rojo, con 20.000 inquilinos, a orillas del Hudson; por sus cimientos pasan los túneles que cruzan bajo el río.

El rascacielo pertenece a un nuevo estilo arquitectónico; suele afectar la forma de una enorme flcha de dominó; es generalmente blanco, y casi todo el espacio de la fachada está ocupado por ventanas cuadradas. Todo en él, tanto exterior como interiormente, esta sometido a la utilidad. Algunos constan de un cuerpo principal y una torre a un lado, con un reloj o con un potente reflector que se enciende por las noches. Tienen los rascacielos la belleza de las cosas útiles y de las sublimes creaciones del ingenio humano.

* *

En el Woolworth—el edificio más alto del mundo—hay 28 ascensores, cuyas jaulas están alineadas por grupos de cuatro, en la retonda de la planta baja. Los ascensores son el alma de los rascacielos, que sin ellos serían imposibles; por eso este servicio merece una atención preferente de los administradores del edificio.

Hay ascensores rápidos, que no paran hasta el 10.º o 15.º piso, y otros locales, que paran en todos, en caso de haber viajeros, y así lo indican los letreros correspondientes. Sobre la puerta de la caja de cada ascensor, en la planta baja y en cada piso, hay dos bombillas eléctricas, una blanca y otra roja, y un cuadrante con tantos números como pisos, sobre el que corre una aguja. Cuando el ascensor sube, está encendida la luz blanca; cuando baja, se enciende la roja, mientras que la aguja señala en el cuadrante el número del piso en que se encuentra el ascensor. De este modo, el viajero se da cuenta en seguida de cuál es el primer ascensor que pasará en la dirección que desea, y le basta oprimir un timbre para que se detenga en el piso que está aquél.

Los ascensores rápidos recorren un piso por segundo, y, tanto ellos como los locales, son capaces para veinte o más personas; están movidos por la electricidad, con freno automático para caso de caída, y servidos por un mecánico, generalmente negro. El gran número de ascensores; la frecuencia de los viajes y la rapidez, hacen que este servicio, del que depende el éxito de los rascacielos, funcione a la perfección, transportando diariamente millones de personas (1).

* *

Entre los 28 ascensores del Woolworth, hay uno destinado exclusivamente al servicio de los turistas que desean visitar la torre, y enlaza en el piso 50 con otro que llega hasta la plataforma superior del edificio, a 165 metros sobre la calle.

El viento a esa altura es tan violento que hay que agarrarse a la barandilla para conservar el equilibrio. La vista es estupenda: al Sur, la bahía reverbera, vivamente herida por el sol del mediodía, y sobre su fondo luminoso se destaca la tan conocida silueta de la estatua de la Libertad; centenares de barcos de todas clases cruzan el puerto. Al Oeste, el majestuoso Hudson corre tumultuoso entre dos escarpadas orillas rocosas, y allende él, las di-

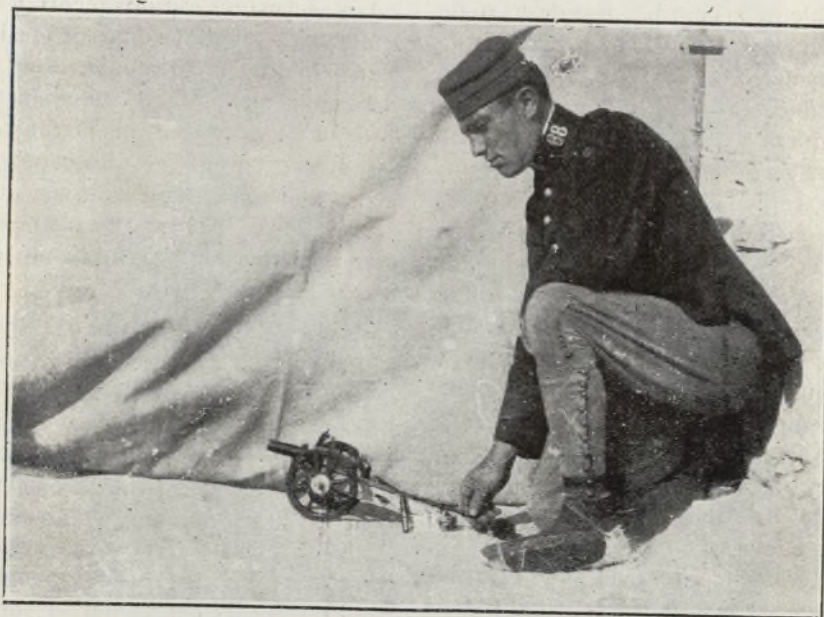
(1) El funcionamiento de todos los ascensores de New York está a cargo de una compañía, con una organización perfecta para la reparación de las averías, que no queda nunca interrumpido el servicio de ningún ascensor durante más de veinte minutos.

minutas casas de campo de New Jersey se miran en sus aguas. Al Este se ven los grandes puentes que cruzan el río East, gigantescos arcos de hierro por los que pasan continuamente centenares de trenes, tranvías, automóviles, carros y peatones, y bajo los cuales surcan holgadamente los grandes transatlánticos que entran o salen de los muelles. Al final de los puentes, los distritos de Queen y de Brooklyn, enorme masa de construcciones sobre la que dominan centenares de humeantes chimeneas se extienden hasta el horizonte. Al Norte, como un tablero de ajedrez, la ciudad imperial se dilata hasta perderse de vista en las nieblas de la lejanía: casas negras, rojas, amarillas, de todos colores; grandes torres blancas; de trecho en trecho el verde de un jardín, y un poco más allá, los estanques del Parque Central brillan al sol. Abajo, a una profun-

didad vertiginosa, la multitud que corre por las aceras semeja dos regueros de hormigas; los trenes elevados y los tranvías cruzan rápidamente, y aunque el sitio es uno de los de más tránsito de todo New York, a esa altura no llega el menor ruido: el silencio es absoluto.

En un folleto lujosamente editado que dan al turista en la torre, leo las cifras siguientes: los ascensores transportan diariamente 25.000 personas; más de 50.000 cartas reciben cada día los inquilinos; hay 1.651 teléfonos, con un servicio diario de 24.000 conferencias; el edificio contiene 1.214 áreas de superficie entre los diversos pisos; hay 5.000 ventanas; las máquinas generadoras de electricidad tienen 1.500 kilovatios de capacidad; la resistencia de los cimientos, incluida la presión del viento, se calcula en 223.000 toneladas.

UN SOLDADO INGENIOSO



El autor haciendo funcionar su juguete.

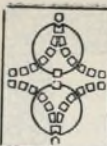
Un soldado del regimiento de Melilla, aprovechando sus ratos de ocio, ha construido, para su recreo y el de sus compañeros, un pequeño cañoncito, al que no falta ningún detalle en el cierre y ajuste y que dispara de verdad proyectiles por el mismo soldado contruídos.

Presentamos al autor en el momento en que se dispone a hacer fuego con su juguete, que presenta además la notabilidad de que está hecho en el propio campamento, aprovechando, como materiales, restos de vainas y trozos de proyectiles usados en campaña.

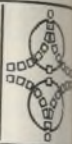
PÁGINA DE ARTE



INTERIOR ARABE



PITORREOS INOFENSIVOS



En nuestro artículo anterior, si así puede llamarse la serie de incongruencias adormecientes que constituyen nuestros escritos, prometíamos un canto a los portentosos inventos que en el mismo relacionábamos.

Por desgracia, no podemos cumplir nuestra promesa, pues estamos absolutamente afónicos a consecuencia de haber asistido a un *meting* catalanista, y haber oído y paladeado un discurso separatista al señor Puig y Cadafalls, alma del nacionalismo catalán.

Advertiremos que oír al señor Puig berrear lanzando injurias sobre España es motivo más que suficiente para que un hombre se quede afónico, e incluso para que se pase seis días sin moverse de ese juguete parecido a una sopera y que se mete en las mesillas de noche. Y conste que no nos referimos a la cabeza del señor Cadafalls, que tiene cierta analogía con el mencionado artefacto de porcelana.

De todas maneras, trataremos de ensalzar el uniforme para uso de jefes y oficiales del Ejército.

Hay quien asegura que el invento se debe a Micás, pero nosotros sabemos de buena tinta que es obra del inmortal Calínez, primo de Gedeón, y paniaguado del Cometa y de Teodolito, queridos de varias promociones de Infantería.

Al inventar el uniforme, el buen Calínez pretendió suprimir definitivamente el ros, pero desde hace muchos años, pese a que tal prenda está universalmente reconocida como un verdadero estafermo, nadie ha logrado desterrarla.

—Cierto que es antiestético, incómodo y churiguerosco—responden, a quien lo intenta—, ¡pero es una prenda muy española!

No reconocemos el peso de esta razón, porque también es muy español el queso manchego y a nadie se le ha ocurrido declararlo reglamentario.

Las ventajas del cuello vuelto, camisa y corbata, son tan evidentes como el acorchamiento de ciertos políticos. Un nudo de corbata bien hecho es de un valor táctico incommensurable. Se asegura que todos

los éxitos de Napoleón se deben a los nudos que hacía en las cintas de los calzoncillos. Las pequeñas causas suelen producir grandes efectos. Una semilla produce un alcornoque. Véase, para convencerse algunos edificios de España, en cuyo interior suelen reunirse algunos hombres que han salido de aquella semilla.

Daremos algunas reglas prácticas para el uso del nuevo uniforme.

Al oír el toque de *generala*, basta llamar al asistente y decirle:

—Merlucilla: traete los calcetines kaki, los calzoncillos kaki, la camisa kaki, y los puños, cuello y corbata kaki.

Ponerse todas estas prendas es cuestión de una hora escasa.

Después de vestido solo falta abrocharse el cinturón y la bandolera, ponerse el tahalí del sable, la bandolera del revolver y seis o siete pequeñas más.

Es muy conveniente nombrar unos cuantos individuos que entretengan al enemigo mientras los demás se visten.

El único que no simpatiza con el nuevo uniforme es el Teniente Govinez.

—Me han escacharrado el presupuesto—murmura—Esto de obligar a un Teniente con seis hijos a que presuma de camisa y corbata es una tropelía. Porque yo, señores, confieso ingenuamente que, dada la exigüedad del sueldo, con la otra guerrera no llevaba camisa.

—Por cierto—le interrumpe el capitán Yáñez—que la corbata que lleva V. ya tiene un color indefinible.

—Cierto, mi capitán—responde Govinez, cariacontecido—tiene un color dispéptico, desde que se lavó, que dá grima. Pero ¡voy a darle, acaso, las pildoras Pink para que recupere el tono saludable que tenía cuando nueva! Porque pensar que me compre una cada mes, es pretender sacar alcachofas de un cenicero.

SINESIO DARNELL

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA

HISTORIETA, POR SÁNCHEZ GÓMEZ



I

D.ª Martirio paseaba sus espléndidas carnes y su capa de pieles con sus hijas y su futuro yerno.



II

La obesidad exagerada de D.ª Martirio ocasionaba adherencias peligrosas.



III

Que observadas por ella la arrastraron a una determinación decisiva....



IV

Que aproximó a Arturito a una apetitosa viuda con hijos, colindante.



V

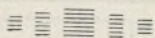
A fin de temporada Arturito, feliz y contento, paseaba casado con la viuda y sus retoños.



VI

Y D.ª Martirio, esbelta a fuerza de disgustos, paseaba triste con sus nenas, pero pudo hacerlas, con el sobrante de su capa, dos chaquetitas «dernier eric».

DE LA INDIA DE LOS MISTERIOS



Leyendas y costumbres

La leyenda de los Bils.

Entre las numerosas leyendas de este pueblo fantástico y prodigioso, cuya historia está esmaltada de hechos fabulosos y sobrenaturales, encuéntrase algunas de gran originalidad. En sus libros sagrados aparecen transcritas por la inspirada pluma de algún creyente fanático y artista, que relata la leyenda enriqueciéndola con las galas de su ingenio, fértil en imágenes bellas y poéticas.

La leyenda de los *bils* es de carácter religioso, como todas las de la literatura india que ha hecho su fuente de inspiración en el motivo de la divinidad.

Los *bils* son unas tribus que pueblan el Bagur, en estado de independencia, y cuya indomable fiera ha preocupado en más de una ocasión a las tropas inglesas, que si han logrado reducirlas a la fuerza, no ha conseguido en cambio que sus hordas semisalvajes se dejen conquistar por el progreso.

Habitan la región de Bagur en su parte montañosa, constituidas en pequeños *pals*, nombre dado a la agrupación de chozas, o bien en cuevas labradas en la misma montaña a modo de nuevos trogloditas.

Es muy particular y curiosa la disposición que dan a los grupos de chozas o *pals* que constituyen sus viviendas. Varios grupos de *pals* forman una aldea, y cada uno de estos grupos es fortificado por altos paredones de rocas superpuestas a modo de sólida muralla, capaz de resguardar los *pals* de cualquier ataque extranjero, y una útil defensa donde sus moradores pueden, caso de sorpresa, establecer una seria resistencia.

El nombre de *Bil* o *Bhil* dado a estas tribus, significa en la lengua del país, *el proscripto*.

Y respecto a su origen, se cuenta la siguiente leyenda, de lírico estilo.

En la región del Bagur existen paisajes muy bellos, bosques de espesa maleza y preciosos valles poblados de la exuberante flora del país.



Un día...

Montado en un brioso caballo que hunde su nervudo casco en la blanda hierba que tapiza el hermoso valle del Bagur, lleno de frondas verdes y doradas que un sol de fuego, en la suprema armonía de su luz, cubre, como en lluvia de notas, con la trama de sus colores, avanza un viajero ricamente vestido: en la blanca túnica que cubre su cuerpo, fuerte y gallardo, brillan los oros y las gemas de las piedras preciosas que adornan su traje, desde el alto turbante orlado de enhiesto penacho, hasta la rica tela de la guadrappa que cubre los lomos de su caballo.

Avanza despacio por el valle conteniendo el empuje de su potro impaciente, y sus manos morenas atenazan las rizadas riendas, en tanto, sus ojos de azabache, avizoran el extremo del camino, que se pierde en un horizonte de roja oriflama como la bruma de un incendio.

Sus ojos inmensos retornan con desaliento su mirar, y al par que avanza, su gesto de cansancio se acentúa.

Por cerca del camino del valle se quiebra contra la recia urdidumbre de un bosque virgen. Baobabes y tamarindos gigantes formen grutas de hojas con la trama de su ramaje, que duermen la luz en penumbras azules llenas de frescor y misterio.

Al linde del bosque, como una aparición divina, avanza una doncella cuyo cuerpo joven y virgen es un plasmó de belleza; el color tostado de su carne es rosa y lirio que se funden en raro milagro de armonía; su rico traje está brocado de pedrería y raso cubierto apenas por un albo velo de seda, transparente y ligero, como una voluta de humo, que se pliega sobre la carnosa curva de sus mórbidas caderas, y se ciñe luego a la línea de sus pechos erectos, en rara caricia voluptuosa y casta; en el ébano de su cabellera, un cintillo de perlas se ajusta a su frente como símbolo de pureza.

El viajero que cruza el valle, la distingue a lo le-

jos, entre la fronda del bosque, y presuroso hacia ella se dirige en demanda de un sorbo de agua que aplaque la sed que le acosa, y de unos labios vírgenes que unjan en los suyos la tibia caricia de un beso...

El sol de esta tierra brava y sensual, que germina en la bruta floración que la cubre, abrasa las entrañas del viajero con sed de amor y de belleza. Y en los brazos de la joven, que con inocente impudor se le ofrecen, va aplacando su sed en un preludio de ardientes caricias.

Lentamente, al ritmo de sus palabras, se acercan al bosque, y en el misterio azul de una gruta de ramas, sus cuerpos se pierden entre la luz dormida... En el bosque suena un beso de amor que inicia una marcha triunfal de desposorios, y en el lecho nupcial, de flores y de hojas, se rinde el sacrificio de una virgen.

* * *

Ha pasado mucho tiempo.

Hoy puebla el valle del Bagur una pequeña tribu que es de origen divino. El viajero que detuvo su marcha, cautivo de amor en brazos de la hembra virgen, es el dios Mahadeo, dios de la Tierra.

Y el fruto de su ayuntamiento con la doncella india, son aquellas flores de carne y de amor que alegran el valle con sus cantos a la vida. Todo es paz y armonía: la tierra florece con agusta magnificencia. El suelo se puebla de frutos ópimos que las manos de aquellos hijos de estirpe divina cuidan celosos, atentos sólo al trabajo, que es virtud y amor que germina en las entrañas de la novia casta, fecundada con el polen divino que vierte en el surco la reja del arado.

Como el árbol guarda entre sus hojas verdes una rama podrida, así, aquellos hombres, hijos de dios, tienen entre ellos un sér depravado, un hermano maldito, que es como una flor de pecado, llena de espinas y parásitos, de un color negruzco que exhala una esencia nauseabunda de charca corrompida; el color de su piel es negro como el ala del cuervo, y sus músculos fuertes como el acero, no conocen la fatiga. Una noche, mientras sus hermanos duermen, su instinto sanguinario le sugiere la idea del crimen, y cautelosamente llégase al establo, en el que dormita Nandi, el buey sagrado del dios, y a traición le hunde su estilete en la mansa testuz. uncida con la sagrada yunta del trabajo.

El dios Mahadeo maldice su crimen y es condenado a vivir en los bosques como una alimaña feroz y sanguinaria.

Tal es el éxodo que purgan los descendientes del maldito, del hombre perverso que asesinó traicioneramente al buey sagrado del dios: emblema de paz y de trabajo.

Las Bayaderas.

La falsa leyenda de virtud y divinidad que rodea a estas sagradas danzarinas de la India, ha subsistido mucho tiempo en Europa, no sólo por el espe-



Las bayaderas de la India forman una extraña institución de religiosas danzantes, compuesta por jóvenes de distintas categorías sociales.

jismo de la distancia, sino por las falsas relaciones de los viajeros, que, sugestionados por su propia fantasía o engañados por la mala fe de los indios, han rodeado a estas mujeres de una aureola de santidad y virtud tan poco verdadera como inmerecida.

La naturaleza de estas mujeres, cuyas cualidades se las suponen parecidas a las sirenas, no sólo no es divina, sino que, por el contrario, peca de material y terrena.

Las jóvenes a quienes se aplica el nombre de bayaderas, se sabe hoy a ciencia cierta que son unas sacerdotisas del placer; y todo su prestigio sagrado y divino no ha existido más que en las imaginaciones de algunos extrafalarios viajeros, más dados a la poesía, que a la austera y prosaica realidad.

El origen de las bayaderas en la India es remotísimo, y se supone nació con la religión de los brahmanes.

Esta institución de religiosas danzantes la forman tres clases de jóvenes de distintas categorías sociales.

La primera está constituida por las hijas de las familias más distinguidas de la sociedad india, y gozan de una consideración especial.



Los ropajes de las bayaderas aparecen chispeantes de rojo y oro y sus joyas y su tocado hacen extraordinariamente sugestiva las figuras de estas bailarinas sagradas.

Rara vez por vocación, generalmente tales más que el nombre y sus cualidades de mundanas.

Tal es el carácter real de estas mujeres, que, sin embargo, son hembras de raza superior, que hacen de su vida un culto al amor y a la belleza, consagradas al arte divino de la poesía y de la danza.

Para terminar, trasladaremos las siguientes descripciones de Mr. Fourment y monsieur Guimet al

relatar en sus viajes por la India las costumbres de las sagradas danzadoras.

Dice Mr. Fourment:

«Admitidas en el templo a la edad de nueve a diez años, llevan un collar como símbolo de desposorio místico. Tres veces al día bailan en la pagoda. Su baile es una plegaria de amor, y su éxtasis significa el aniquilamiento del alma individual en la gran alma divina. Sus ojos negros, de cejas alargadas, aparecen entonces húmedos, languidecidos, y parecen descubrir en sueños sublimes espectáculos desconocidos.»

Mr. Guimet añade:

El ropaje de la primera bailarina que aparece es rojo y oro. Su corselete es negro, chispeante de lentejuelas. Su tocado es muy sencillo; los cabellos lisos y adornados con algunas flores. Lleva joyas en las ventanas de la nariz, numerosos brazaletes en las muñecas y hebillas y sortijas enormes en los dedos de los pies. La bayadera que sigue tiene fisonomía más inexpresiva, pero es mucho más bella. Su tocado, formado de flores olorosas, sin hojas ni troncos, forma como una diadema. Lleva en los brazos lujosas ajorcas finamente molduradas, y sus pies están como acorazados de sortijas y aros de oro. Se diría un verdadero ídolo arrancado de una pagoda sagrada. Y estas son las más conmovedoras y más poéticas apariciones.»

El ambiente de esta tierra fantástica, en que todo es bello y misterioso, ha hecho extraviarse a más de un historiador; y de una costumbre, de una leyenda, de un espectáculo raro y artístico, han creado un hecho fabuloso allí donde únicamente había arte y poesía, pero también materialidad.

La leyenda de las bayaderas es bella. Sus cuerpos de líneas correctas, estatuarias, llenas de serenidad y dulzura; las sonrisas que animan sus labios; sus ojos estáticamente ensoñadores y enigmáticos; el arte inimitable de sus danzas, graciosas y ligeras como aleteos de aves en el espacio; todo es armonía y belleza. Es el triunfo del arte hecho carne y mujer.

Las bayaderas son bellas, divinamente bellas, pero no son de naturaleza *sagrada*.





DEL TIEMPO VIEJO

DOS PARTIDAS DE AJEDREZ HISTÓRICAS

Cuentan las crónicas arábigas, entre ellas la de Abd-al-Wahid, que después de la conquista de Toledo, el infatigable vencedor Alfonso VI, haciendo atrevidas irrupciones por los reinos moros de Andalucía en todas direcciones, causando sorpresas de terror por todas partes, llegó hasta Tarifa, donde metiendo su caballo en el mar hasta que le llegó el agua a la silla, exclamó con arrogancia:

—¡Este es el término de la España y yo he llegado a él!

Y poniendo luego de improviso cerco a Sevilla, causó tal espanto a sus desprevenidos moradores y escasos soldados que todo era pánico, confusión y azoramiento en la ciudad.

Atolondrado el rey Al-Motamid, sin saber qué partido tomar, se le ocurrió a su primer ministro Aben-Ammar proponerle lo siguiente: que puesto que el rey castellano tenía una gran pasión por el juego de ajedrez, podría ir él (que se preciaba de dominarlo), a guisa de parlamentario a proponerle una partida, en la que se jugara la suerte de la plaza, sin derramamiento alguno de sangre.

Aceptolo Al-Motamid, y puso en sus manos un magnífico juego y tablero que poseía, cuyas piezas de elegantes y bellas formas, eran de ébano y sándalo y estaban incrustadas de oro y pedrería con primorosas labores de gusto oriental.

Recibió cortésmente el monarca cristiano al embajador, el cual le invitó a jugar una partida con las siguientes condiciones:

—Si yo pierdo—dijo el moro—tuyo será este juego y tablero del rey mi señor, y si tú pierdes, me tienes que conceder el favor que te pida.

—Convenido—repuso don Alfonso—, siempre

que lo que me pidas no sea en mengua de mi honor, bajo mi real palabra te lo concederé.

Admirado quedó el rey a la vista de aquel prodigio de arte que le mostraba el retador, y dispuestos los asientos y colocadas las piezas, comenzó la partida. Más de dos horas duró ésta, concluyendo por dar «mate» Aben-Ammar.

Disgustado don Alfonso en su amor propio, exclamó:

—Esclavo de mi palabra soy. Pídemelo que quieras.

—Pues bien, te pido en nombre de mi rey y de los habitantes de Sevilla, que levantes el campo y tornes a tus reinos.

Prestamente el conquistador dió las órdenes oportunas para emprender la retirada.

Gran júbilo produjo la noticia tanto a Al-Motamid como al vecindario de la ciudad, y sintiéndose aquél orgulloso y agradecido envió a don Alfonso el siguiente mensaje:

—Ni me vences como guerrero ni como caballero. Ahí te envío el «doble» del tributo que me reclamabas, y además te regalo el juego de ajedrez. Vete en paz.

No otra cosa deseaba también don Alfonso, pues sus tropas se encontraban ya cansadas y estragadas de tantas y tan repetidas correrías y luchas y necesitaban descanso y reorganización.

No duró mucho esta paz, pues tal había sido el terror que las huestes castellanas infundieron en todos los estados mahometanos, que quedaron feudatarios del de Castilla, a quien rendían parias, y abatidos y humillados concertaron todos los reyes pedir auxilio al poderoso emperador de Marruecos



Abú Jacob Yusuf ben Tachfin, el imán de los musulimes, que con sus al-morabith («hombres de Dios») acababa de conquistar el Mogreb.

Este fué el origen de la gran invasión de los almoravides que como ingente ola de fuego y sangre vino sobre Extremadura, adonde acudió presuroso con sus huestes el denodado Alfonso VI, que sufrió terrible derrota en Zalaca, inmediaciones de Badajoz, de la que escapó con vida gracias a la ligereza de su caballo; en memoria de cuyo luctuoso acontecimiento, acaecido el día de San Servando, fundó el monasterio y reedificó el castillo que lleva el nombre de dicho santo.

Reinaba en Granada Mohamed VI, quien propuso una tregua al infante regente de Castilla don Fernando el de Antequera, que fué aceptada. Este rey había usurpado el trono a su hermano mayor Yussuf mediante una revolución en 1396, y lo envió preso al castillo de Salobreña; mas en 1408, sintiéndose gravemente enfermo y que se aproximaba el fin de sus días, queriendo dejar asegurada la sucesión del trono a su hijo, concibió el horrible proyecto de dar muerte a su hermano, y al efecto envió al alcaide de la fortaleza la siguiente orden:

«Alcaide de Xalubania, mi servidor, luego que recibas esta carta de mano de mi arraez Ahmed ben Sarac, quitarás la vida a Cid Yussuf, mi hermano, y me enviarás su cabeza con el portador: espero que no hagas falta en mi servicio».

Cuando llegó el arraez, se hallaba el príncipe jugando al ajedrez con el alcaide, sentados ambos sobre lujosos tapices y almohadones de seda bordados de oro, y al leer aquél la orden, se quedó lívido e inmutado.

Comprendiendo el príncipe su turbación preguntó sin alterarse:

—¿Qué manda el rey? ¿acaso ordena mi muerte? ¿pide mi cabeza?

—Toma y lee—contestó el alcaide todo emocionado.

—Permítame algunas horas—replicó Yussuf des-

pués de leer el fatídico documento—para despedirme de mis mujeres y distribuir mis alhajas entre mi familia.

—No puede ser—dijo el arraez—es urgente la ejecución del mandato, puesto que tengo tasadas las horas para volver a Granada con tu cabeza.

—Pues al menos concédeme que acabemos este juego—añadió el príncipe—tengo al rey contrario en jaque, y aunque llegue a dar mate, concluiré perdiendo la partida.

Continuó el juego, azorado el alcaide y tranquilo el príncipe, cuando súbitamente entraron en la estancia dos caballeros granadinos gritando:

¡Albricias!! ¡Ha muerto el tirano Mohamed, el usurpador de tu trono, y el pueblo de Granada en masa te proclama por su rey, oh Yussuf, el bendecido de Alá!...

Perplejos y dudosos estaban todos los circunstantes de lo que oían, cuando llegó una embajada de próceres enarbolando el pendón real y voceando:

¡Granada por nuestro amado rey Yussuf III!!
¡Alá lo guarde y proteja sus caminos!!

Y seguidamente fué llevado en triunfo a Granada entre populares aclamaciones, sembrando de flores las calles y las plazas y cubiertas las paredes de ricos tapices, y con vítores delirantes del pueblo, hizo su entrada en la Alhambra. Uno de sus primeros actos fué el enviar una embajada al rey de Castilla don Juan II, notificándole su ensalzamiento y rogándole ratificase la tregua y prorrogase, en las mismas condiciones que se había pactado con su antecesor; enviándole ricos presentes y buenos caballos lujosamente enjaezados, tregua que fué aceptada por el castellano...

Después de leídas estas dos anécdotas rigurosamente históricas que acabo de apuntar, véase como las pequeñas causas pueden producir grandes efectos; y como el noble juego del ajedrez en estas dos ocasiones, fué origen de grandes y transcendentales consecuencias en los destinos de las naciones españolas.—MANUEL CASTAÑOS Y MONTIJANO



CUAL AMOR ES CIEGO

Oye, bella hermana:
Bajo tu ventana
que adornan las flores
bajo esa ventana que tiene alegrías y tiene so-
pasa un pobre ciego (siego
cantándote amores.

Canta por la tarde, cuando el sol se esconde,
(cuando el sol declina.
Parado en la calle arranca las notas a su violín
y luego camina
llorando sus penas que no tienen fin.

Yo, mi bella hermana,
pasé una mañana
bajo tu ventana
y ví que a tu lado te hablaba de amores otro tro-
¡Ay del pobre ciego si él lo supiera! (vador.
De rabia y de celos muy pronto muriera
el ciego cantor.

Eres mala, hermana. ¿Por qué no te asomas
a esa tu ventana henchida de aromas
cuando canta el triste galán que no ve?

Eres cruel, hermana. ¿Por qué no le quieres?
¿Por qué despiadada su corazón hieres?
¿Me dices por qué?

Mira, acaso el día que crees lejano
pronto llegará
y en el camposanto ese pobre ciego será el solo
que te rezará. (humano

Dale una esperanza que calme sus ansias,
(dale ese consuelo
o dile que tienes otro hombre que te ama y que
(puede ver,
más no le atormentes haciendo que su alma des-
y aborrezca al cielo (truya su anhelo
por ser tú orgullosa, por ser tú mujer.

Empaña las lágrimas que brotan amargas de
(sus cuencas muertas
o mata su vida matando su amor;
pero, bella hermana, sin decirle nada no cierras
al ciego cantor. (las puertas

RAFAEL MONTEALEGRE VÁZQUEZ



INOCENTE

CUENTO, POR JOSÉ MALDONADO

El juez de instrucción, sentado delante de la mesa de su despacho y con la cabeza inclinada hacia ella, fingía escribir, en tanto que disimuladamente y por encima de sus anteojos, miraba con insistencia y como queriendo estudiar en su fisonomía, al individuo que acababa de entrar.

Era un hombre como de unos cincuenta años, vestido como los obreros y con cara de honrado.

Debía de estar el juez acostumbrado a aquella clase de exámenes, porque al cabo de un momento sonrió como satisfecho de su prueba, levantó la cabeza y fijó su mirada con más benevolencia ya, sobre el recién llegado.

—¿Es usted la persona, que según me acaban de decir, tiene que hacerme una revelación importante?—le preguntó.

—Sí, señor juez.

—Escucho a usted.

—Me llamo Tomás Navarro, tengo cincuenta años, soy viudo y obrero de profesión; no he mentido en mi vida y consentiría que me quemasen a fuego lento, antes de decir una cosa por otra; tiene el señor juez en su poder una causa por homicidio y vengo a decirle, que por ella está preso un inocente.

—Usted dirá a qué causa se refiere.

—Me refiero a la muerte ocurrida hace cinco días en el sitio llamado «La Ermita del Cristo».

—Es inútil que insista usted: presenciada fué por un testigo la riña y la muerte y el mismo autor presentóse por su voluntad a la justicia y confesó de plano su delito y las causas que le motivaron. Es uno de los asuntos más fáciles y más claros que he tenido en mi vida.

—A pesar de eso, señor juez, el preso es inocente.

—¿No digo a usted que él mismo confesó su crimen?

—Pues yo juro al señor juez, que es inocente.

—¿Presenció usted el hecho?

—Sí, señor.

—Dígame entonces lo que sepa.

—Con permiso del señor juez, empezaré por hablarle de los hechos que motivaron el delito, para venir a parar después a él.

Hizo el juez con la cabeza una señal de asentimiento y se dispuso a escuchar. Tomás Navarro, entre tanto, daba vueltas a su gorra entre las manos, como si se tratara de coordinar sus ideas o como si le costase gran trabajo lo que iba a decir, mientras gruesas gotas de sudor caían de su frente; por fin, como hombre que ha tomado una resolución, lanzó un suspiro y comenzó su relato.

—Jesús, o sea el muerto, mi pobre amigo Juan, que hoy está preso, y yo, trabajábamos en la misma fábrica y vivíamos juntos en la misma casa. Juan tenía una hija que era el encanto de todos los que la conocían, por su buen carácter y su buena presencia; ella nos arreglaba la ropa, nos hacía la comida y en una palabra, cuidaba de la casa.

Todos nos queríamos de veras y vivíamos como si fuéramos una verdadera familia.

Hacía ya bastante tiempo que perdí a mi pobre mujer, cuando entré a vivir con ellos y jamás tuve por qué arrepentirme.

De un año a esta parte dejé de ver en Juana, la hija de mi amigo, a la niña de antes, para acostumbrarme a la idea de que era una mujer capaz de hacer feliz al hombre que eligiese por esposo. Casi la triplicaba la edad pero a pesar de eso, una idea cruzó por mi mente; quizás pudiese yo todavía ser feliz...

Me encontraba más cerca de la vejez que de la edad de la fuerza, y me daba miedo llegar a aquella solo y sin tener quien me cuidase.

Pensé en casarme con Juana; consulté con su padre, se lo supliqué a ella, y ambos aceptaron.

Todos los obsequios para mi prometida, por la que sentía verdadera adoración, me parecían pocos. Por fin iba yo a ser feliz.

Jesús, a pesar de ser casi de la misma edad que Juana y de sentir por ella la admiración de todos cuantos la trataban me felicitaba, al parecer sinceramente, por mi dicha y alababa la elección de la muchacha.

Todas las tardes, a la salida de la fábrica, solíamos ir los tres a una taberna situada cerca de la casa en que vivíamos a hacer tiempo hasta la hora de la cena.

La tarde del día del crimen, faltaba ya muy poco rato para que saliéramos de la fábrica, cuando vi-

mos allí, que enseguida volvía. Entramos Jesús y yo y nos sentamos en la mesa de costumbre; había allí algunos compañeros nuestros y nos pusimos a hablar con ellos esperando a Juan.

No se hizo esperar mucho tiempo; abrióse de pronto con violencia la puerta de la taberna y apareció Juan, terrible y amenazador; con paso inseguro se dirigió al sitio donde estábamos nosotros y encarándose con Jesús le escupió al rostro estas palabras:—Si eres tan sinvergüenza que has creído burlarte de mí porque soy un viejo, yo te probaré que aun tengo fuerzas para matarte.—Y uniendo la acción a la palabra le dió tan tremendo bofetón que retumbó la sala. Me levanté de pronto para abalanzarme sobre Juan y defender a Jesús, pero éste me contuvo y en voz baja me dijo:—Tiene motivos so-



nieron a avisar a Juan, que una persona deseaba verle enseguida y que le esperaba a la puerta. Salió y volvió al poco rato.

Venía con los ojos inyectados en sangre, el semblante descompuesto y en sus maneras agitadas y nerviosas, se notaba que acababa de tener un disgusto muy grande o un violento altercado.

Quisimos Jesús y yo informarnos de lo que le ocurría, pero fué en balde; nada quiso decirnos. Sólo noté, que mientras seguía trabajando, dirigía con frecuencia miradas de odio, hacia el sitio en que Jesús estaba.

Salimos por fin de la fábrica, sin que ni Jesús ni yo pudiésemos averiguar el pesar que afligía a nuestro amigo Juan, pero convencido yo de que algo grave y que ignoraba debía suceder entre Jesús y él.

Marchamos los tres juntos, pero sin decirnos ni una sola palabra durante el camino, a la taberna de siempre; al llegar a la puerta, Juan nos dijo que tenía que dar un recado a su hija y que le esperáse-

brados para hacer lo que ha hecho, pero yo ya no tengo más remedio que matarle; vámonos fuera.

Salimos, en efecto, los tres y un amigo de Juan que no quiso dejarle solo con nosotros dos; nos dirigimos a «La Ermita del Cristo» y llegamos allí cuando estaba anocheciendo.

Ya en aquel sitio, Juan sacó de su bolsillo dos navajas iguales de grandes dimensiones y entregó una a Jesús; quise evitar la riña por última vez, pero ambos se obtinaron. Era pues inútil insistir.

Despojáronse de sus chaquetas, arrolláronselas al brazo y se pusieron en guardia; apenas se veía ya.

A una señal embistieron con fuerza y durante unos segundos, no se oyó otro ruido que el de sus fatigosas respiraciones; de pronto Jesús soltó a su adversario y cayó pesadamente al suelo.

Juan tiró su arma, se acercó a Jesús, le palpo en el pecho y levantándose al instante, me dijo:—Le he matado; nos había deshonrado a tí y a mí y estamos vengados; Dios ha hecho justicia.—Estaba tranqui-

lo y satisfecho de su obra.—Ahora mismo voy—me dijo—a presentarme al juez y a confesarle mi delito; nada temo; veremos a ver si la honra de mi hija no vale más que la vida de un canalla.

Ya iba yo a sujetarle, cuando aquellas palabras me dejaron como clavado en el sitio; le dejé marchar tranquilamente y desapareció con su amigo por un recodo del camino.

De repente, Jesús se levantó del suelo, y sonriente me dijo:

—Infeliz, cree que me ha matado, cuando no me ha hecho absolutamente nada.

En aquel momento, confieso que sentí que no hubiera acertado Juan.

—Eres un cobarde—le dije—y es preciso que ahora mismo me digas todo lo que ha sucedido.

—Bien fácil es de comprender—me contestó cínicamente—; yo me entendía con Juana; la he perdido y está encinta; esto es seguramente lo que han ido a contarle esta tarde a la fábrica; ha ido a su

casa, ella se lo habrá confesado todo y por eso volvió tan furioso.

Aquella audacia me acabó de exasperar; no sé lo que pasó por mí en aquel momento; sólo sé, que cogí del suelo el arma de Juan, me abalancé sobre Jesús y se la hundi en el corazón. Entonces estaba muerto de veras.

Asustado de mí mismo, huí a campo traviesa y no podría decir al señor juez, en qué he invertido estos cinco días que hace que se realizó el crimen; ayer volví, supe que Juan estaba preso por mi culpa y por eso vengo a decir que él es inocente y a presentarme a la justicia.

—De suerte—dijo el juez—que usted es el autor del homicidio.

—Sí, señor juez; sólo que siendo yo el culpable, el delito es más grave.

—¿Porqué?

—Porque Jesús era mi hijo.

Y el parricida, rompió a llorar.

LA DIVISIÓN DEL TIEMPO

Las divisiones del tiempo que se hallan en todos los calendarios o almanaques están clasificadas en días, semanas, meses y años; pero el modo de determinar estas divisiones es muy diferente entre las naciones de la antigüedad y aun entre algunas de las modernas. Los judíos antiguos, así como los que se hallan esparcidos por varias partes del mundo, cuentan el día principiando a cierta hora de la tarde, y concluyendo a la misma hora de la tarde siguiente: esta misma costumbre se usa todavía en el ritual y usos de la iglesia católica. Los italianos así como los polacos y bohemios principian a contar el día media hora después de ponerse el sol en el día siguiente: así en 21 de Marzo y Septiembre la una empieza a las seis y media de la tarde entre nosotros: a las doce y media de la noche llaman ellos las seis; a nuestras seis y media de la mañana llaman las doce, a las doce y media del día las diez y ocho, y a las seis y media de la tarde concluyen las 24 horas. En Junio la una en Italia es a las nueve de la noche entre nosotros y a medio día llaman las diez y seis. En Diciembre la una de los italianos

principia a las cinco entre nosotros y a media noche cuentan las siete; a nuestro medio día llaman las diez y nueve, y a las dos de la tarde la veintiuna. Este modo de contar las horas del día por extraño que parezca a los demás europeos y americanos, es conveniente en Italia diciendo que así sabe cada uno lo que le queda de día para sus negocios: tal es el efecto del hábito o de las primeras impresiones.

A excepción de Italia, Polonia y Bohemia todas las naciones que profesan la religión cristiana comienzan el día civil a las doce de la noche siguiente. El día astronómico en los almanaques náuticos comienza a las doce del día cuando el sol llega al meridiano y concluye a las doce del día siguiente: esta advertencia será útil a nuestros lectores si llegasen a leer cálculos astronómicos para eclipses, tránsitos de planetas etc. Por ejemplo, si se leyere que un astro estará en conjunción con otro en diez de Enero a las quince horas deberá entender el lector que la conjunción ocurrirá en once de Enero a las tres de la mañana.

EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

¡eres le adoraban. Su vida estaba llena de triunfos y no se sabía que nunca, ante nadie, hubiese doblado la cerviz altiva. Y de pronto...

Y de pronto nublóse el fulgor de su estrella con el paso encantado de la mujer tan bella. Todo lo perdió entonces. Ella hizo que el noble caballero cayera en el hechizo de sus ojos inmensos y su rostro de flor y se le ofreciese para esclavo el señor.

Ella erró por el mundo y él siguió su vaivén, cruzó ella los mares y él los surcó también...

Nada conmovía tanto al poeta, nada dió a su voz cadencias tan llenas de ternura, y bruscamente se puso a exaltar la raza en aquel hombre. ¡Oh, esa capacidad de amor, de sacrificio por el amor! Pero ya daba término a la poesía:

Erró, erró por el mundo y él siguió su vaivén, cruzó al cabo los mares y él los surcó también, abandonando intrépido su carrera y su hogar.

Tal es la bella historia, admirable y sin par que la fama ha tejido en el país del sol cantando las proezas de amor de un español.

Sentóse Villasuso agradeciendo los aplausos, las felicitaciones, y como el protagonista de los versos continuase callado, con la mirada ausente, perdida el alma, sin duda, por regiones de quimera y de sueño, Daniel creyó del caso preguntarle qué había sido de la dama. No obtuvo respuesta y añadió con gesto compungido:

—¿Acaso ya no vive?

Entonces levantó Farfán los ojos y desahogó tumultuosamente el corazón.

—¡Vive, por desgracia mía! ¡Vive, si se le puede llamar vida a la de un mármol insensible y helado!...

Algo le empañó la voz. Cobró aliento en un suspiro que pareció rasgarle el pecho y prosiguió exhalando su ansia lenta y sentidamente:

—El poeta tiene razón. Dejé la guardia, dejé la patria, dejé el hogar. Todo, todo lo dejé por ella. Desde que la vi, desde que mis ojos la descubrí. ron, me fui detrás como su sombra. ¡Y nada! ¡No consigo nada! No valen ruegos, no valen suspiros,

no valen amenazas, que a todo he llegado. ¡Es de piedra! ¡Es de piedra muda e insensible!...

—¿De piedra?

Le lanzaba la pregunta Trujillo, el de los ojos azules y la ropa magnífica. Se la lanzaba con voz capciosa, tan incrédulo, tan sonriente, que Farfán le dardeó una mirada frenética.

—¿De qué te ríes? ¿No es de piedra? ¿No lo crees?

—Lo será para ti...

—Y para cualquiera. Yo sólo he conseguido desdenes, no lo niego. Pero apostaba la vida a que no hay quien logre de ella otra cosa... Risas, amabilidades, frases ligeras y frívolas, no digo que no. ¡Pero otra cosa, un amor, por ejemplo! ¡Un amor verdadero! ¿Por que no aceptas tú la apuesta? ¡Tú, que eres tan bonito y tienes tal arte para llegar al corazón de las mujeres!

Sonriendo a aquellas dotes que no podía dejar de reconocerse, Trujillo se esquivó por amistad. Pero ya Farfán, levantándose con brío, daba un puñetazo en la mesa.

—¡Va apostada la vida! Marquemos un plazo dentro del cual me traigas pruebas, pruebas inconcusas de que te quiere, y, entonces, pierdo y dispones de mí a tu antojo. Mas si no las traes, que no podrás traerlas, te mato yo...

Palideció de un modo terrible y le miró mas torvo.

—¡Y yo te mato también si las traes! ¡Yo te voy a matar ahora mismo!

Tuvieron que acudir todos, obligándole a sosegar, a perdonar, y perdonó fácilmente, ya que Trujillo tomaba el partido de callarse. Era español, según dijo: con los arrogantes, una fiera; pero con quienes se le humillaban, un cordero manso. Y al salir hacia el café, delante del grupo, lo hizo digna y solemnemente, como hombre magnánimo que de veras ha perdonado una vida. ¡Era español! Comenzaba a sentirse el verano, pero aun llevaba sobre los hombros una capa de amplios vuelos que parecía ocultar una espada pendiente del cinto. El mostacho se le alzaba enhiesto, retador, y el chambergo, de anchas y ondeantes alas, creyérase que sólo había podido quedarse sin plumas en el tumulto de alguna pelea...

Temiendo Antón a la influencia de aquellas genes sobre el espíritu de Daniel, que al fin era su paí sano y le interesaba más, fué a buscarlo por la noche.

—Acomodate, che, en lo que salga, y no seás sonso. No hagás a esa tropa.

Con ansia de desahogarse, Daniel lo puso al tanto de sus primeras gestiones, y el otro se indignó. ¡A quién se le ocurría fiarse de aquel doctor Madariaga, que tendría talento y sería una gloria de la Colectividad, él no lo dudaba, pero que estaba loco! Y acudió con una idea.

—Para quien debes procurarte inmediatamente una recomendación es para el doctor Yáñez...

—¿Y Yáñez qué puede hacer?

Antón, sin palabras que expresen cuanto expresar quería, apeló a la elocuencia del gesto. ¡Todo! Yáñez podía hacerlo todo.

Él mismo le consiguió la carta, y aquello, en efecto, era otra cosa. Yáñez ocupaba enteramente una vivienda magnífica, casi un palacio. El vestíbulo, suntuoso, estaba lleno de gente, y más allá un enjambre de muchachas bonitas escribía a máquina. Contento con el renacer de sus esperanzas, Daniel se acercó a la más linda.

—Esto que ustedes traen entre manos son asuntos, pleitos que tiene el doctor, ¿verdad?

—No. Son cartas recomendando españoles.



Se hallaban en la secretaría particular, y Daniel, con tales noticias, volvió a preocuparse. Pero ya le llamaban, comparecía ya ante el doctor, y tuvo que dar nuevamente paso en su espíritu a la confianza. Lo que esperó al dirigirse en busca de Madariaga, era allí donde ocurría. Yáñez, que en un momento le asustó con la recia musculatura de su rostro, con su fosco bigote rubio y casi otro bigote haciendo de cejas, le ponía sobre los hombros una mano peluda, pero cariñosa, y le decía, al fin, las palabras tan deseadas. ¡Cómo le placía a él la gente audaz, valerosa, desafiadora por amor de todos los peligros!

—Mientras tengamos gente así, señor Aguiar, no puede con justicia hablarse de la decadencia española. No, joven. Grabe estas palabras en su corazón... España no es fruto podrido, como dicen quienes no la conocen. Es, por el contrario, un fruto verde que madurará en su día y volverá a asombrar al mundo...

Un hombre acudió corriendo a llamarle, casi a despertarle, y el doctor apresuró el término de la entrevista.

—Bien, joven; ya hablaremos de esto otro día. Ahora lo que siento en el alma es no poder ocuparme personalmente de su colocación. ¡Me acaparan tantas cosas! ¡Tengo tanta gente a quien colocar!.. Muchas veces no sé siquiera a quien dirigirme, Pero no se asuste, que para los casos excepcionales están los excepcionales esfuerzos.

Llamó a una mecanógrafa, le dio una orden, y abrazó a Daniel.

—Esta señorita le entregará la carta. Acompáñela y que sea enhorabuena.

Momentos más tarde Daniel contemplaba emocionado el moverse vertiginoso de aquellos dedos bonitos que tal vez estuviesen escribiendo la credencial de su ventura. Se vió llegando a Ablay entre el asombro de los amigos y el deslumbramiento de Armida. Se vió casado, instalado en una casa de caracter antiguo, como la de su amada, y al mismo tiempo más confortable y un poco menos pegada a la trivial carretera...

No había así ninguna en todo el valle del Auro, pero la haría. ¡Que casa! ¡Una casa con todas las comodidades del progreso y los encantos todos de la tradición: divanes comodísimos, luz eléctrica, una espléndida sala de baño, un piano ante el cual Armida le entretuviese por las noches con bonitas tocatas, chimeneas donde la leña de los montes vecinos ardiese en invierno, balcones entoldados de parrales para las delicias del verano... Y en torno a todo esto, árboles de cuyas ramas también sacasen los vientos bellos números de música y sobre cuyas hojas la lluvia cantase al caer. ¡Casa que pronto la

lluvia llenaría de musgo, tibia y suave por dentro y casi oculta entre los árboles, casi a ellos prendida como un verdadero nido!

La mecanógrafa se levantaba sonriéndole, hecha su carta. Fué a recoger la firma, y murmuró con durezza:

—Que dé resultado.

—Por tales manos escrita, tiene que darlo a la fuerza.

En el portal, impacientísimo, se detuvo a sacarla del sobre, a leerla. Y le costó trabajo, un trabajo grande, no subir de nuevo para romper al doctor Yañez las amplias narices. Le había dado una carta recomendándole con palabras realmente enternecedoras, pero dirigida al doctor Madariaga.

Daniel hizo buena liga con los últimos conquistadores, y tales sucesos le enlazaron más a aquella gente. Convencido de cuánta razón tenía el doctor escéptico, pareciéndole tonto molestarse en gestiones estériles, no quiso ver a ninguna otra persona de influencia ni buscar nuevas cartas. Si el destino de los hombres estaba allí realmente a cargo de la casualidad, que la casualidad lo hiciese todo entonces...

Pero este renunciamento, así forzado, comenzó a convertirlo en un hombre triste. Ya apenas colaboraba en la despreocupación feliz de sus compañeros de mesa, y no tardó en molestarlos mezclando a su charla alegre suspiros inoportunos.

—¿Es la nostalgia?

Daniel desahogaba con otro suspiro el alma quejosa y los miraba con algo de envidia. Hasta entonces se consideró en cierto modo superior a ellos, más sensato, en mejor disposición de espíritu para la lucha y para el triunfo. Pero comenzaba a envidiar ya a aquellas gentes que, sin ganar siquiera el pan del día, despreciaban con magnificencia y orgullo de príncipes a los poseedores de fortunas inferiores al millón. El millón era la sola unidad monetaria que aceptaban. Y tan seguro lo tenían, que cuando Antón osaba pedirles dinero, se limitaban a mandarle esperar imperiosa y secamente.

—Ya sabes que hemos de ser millonarios dentro de nada. No molestes.

Otras veces, terriblemente ofendidos, ni le contestaban. Por dignidad, le volvían la espalda a los primeros susurros de la petición intolerable, por dignidad reclamaban luego platos fuera de lista, vinos de marca, cosas que le doliesen, que los vengasen. Y con su gran confianza en la fortuna, tan pronto despertaban, a eso de las doce, allá salían en busca del negocio, como puede salir el cazador en busca de las perdices, llevando por escopeta la fantasía y siempre una inmensa cartera bajo el bra-

zo... No trabajaban en cosa alguna, no tenían negocio ni empleo, pero a veces el dinero abundaba en sus faltriqueras. Hablaban tanto de millones, que los millones algo debía dejarles en las manos, como dejan su polvillo de oro las mariposas un momento aprisionadas.

¡Daniel en cambio! Su gentil confianza en el destino se había desvanecido total y miserablemente. Ya no pagaba la comida y, por delicadeza, comía poquísimo. Suspiraba cada vez más, y de tal modo con tal riescaro y tal frecuencia, que los amigos



acabaron por preocuparse. Villasuso, que era de todos quien poseía la imaginación más activa, prometió salvarle, muy formal y muy serio. Y aquella misma noche, a la hora fecunda del café, ya se le quedó mirando.

—Me parece que tengo una idea para hacer de ti otro.

Viéndole encogerse de hombros, protestó ardentemente. No se trataba de ninguna quimera, de ninguna locura.

—Me tenéis por un iluso y soy el más práctico de todos nosotros. Atiende. ¿No nos has hablado de los bonitos piropos que el día de tu llegada dedicaste en el muelle a una mujer? ¿No la encontraste luego hablando con otra que le anunciaba una visita a su padre para pedirle ciertos informes respecto a España? Por este dato no creo equivocarme si la considero hija de algún español. Y el que te haya mirado entonces, el que casi te haya sonreído, como también dijiste, significa sin duda, que no le has sido indiferente. Pues bien: averigua de quién se trata y si en efecto es rica, como todo parece denunciarlo, encamina tus gestiones a casarte con ella. ¿Qué te parece ahora el proyecto?

Le miraba desafiándole, seguro de haberle deslumbrado con su iniciativa. Pero Aguiar sonrió compasivo. Todos entonces le acosaron, diciéndole que Villasuso estaba en lo cierto. Poeta y todo, tenía por veces ideas prácticas. ¿Sería Aguiar el primero que se casase con una criolla rica? ¡Pues a gestionar la boda!

Casi se disponían a hacerle salir para iniciar las gestiones, cuando Trujillo se levantó en su defensa. Le había oído, días antes, una confidencia larga, y aconsejó:

—No insistáis. Aguiar no es libre.

—¿Qué le pasa?

—Que tiene novia en su tierra...

—Pues que la deje, y en paz.

—¡Pero si la quiere con toda su alma!

—Entonces intervino Farfán, la persona de más autoridad en el grupo. Todo, en su concepto, podía conciliarse.

—Acerca la cabeza, Daniel, y óyeme. Si tanto amas a la novia de tu tierra no te cases con la mujer de que se te habla; pero no seas tonto. Enamórala y, una vez enamorada, utilízala para tu triunfo. Oyeme, óyeme bien, que puede convenirte. Aun cuando hija de españoles, es de aquí sin duda. Es entonces la india que nunca falta en estas historias de conquistadores de América. Ahora, se tú un perfecto conquistador español. Sin olvidarte de la española, te aprovechas de la india para tus planes...

Había comenzado a hablar risueño, por más ani-

mar una conversación que le divertía; pero poco a poco fué exaltándose, defendiendo el plan seriamente, como si así vengase los desdenes de aquella otra india que eran el escollo donde se detuvo su existencia hasta entonces tumultuosa y arrolladora. El poeta, entusiasmado por la inesperada aprobación de Farfán, perfeccionó su iniciativa. Aguiar no se casaba; pero prometía casarse, daba el anillo. Más tarde aludía a su dignidad, a una posición que necesitaba para formalizar los amores. El padre, en vista de esto, le protegía, le hacía la posición, y lo que Aguiar formalizaba era el viaje, el regreso a la tierra...

La asamblea aprobó ardorosamente, exigiendo la respuesta inmediata de Aguiar, quien comenzó a disculparse con palabras que quería hacer frívolas, pero a las cuales su nostalgia, tanto tiempo callada, iba dando una emoción melancólica. No merecía su novia, tan buena, tan dulce, el engaño más leve. No sería capaz de engañarla por nada. Y cambió de tono. ¿Cómo convencerle, además, de que fuese una cosa tan fácil el amor de aquella india preciosa? Algo malo seguramente le habían hecho ya, algún desengaño que le dieron sangraba todavía en aquel corazón... Por cierta vanidad disculpable, no los enteró de un secreto que quería descubrir ahora. Impresionado con su hermosura, le dedicó, era verdad, algunos piropos tiernos. Pero ella en el acto, sin casi mirarle, como si en quien le alababa la belleza viese tan sólo un enemigo de su paz, dió voces llamando a un guardia.

A estas palabras, por el rostro de Farfán se extendió una lividez cadavérica. Incorporóse en la silla, temblando todo.

—¿Era alta?

—Alta.

—¿Rubia?

—Rubia.

—¿Con un lunar cerca de la boca?

—Creo que sí.

—¿Y los ojos verdes, de un verde precioso, de un verde magnífico, de esmeralda?

—Sí, verdes, muy verdes, muy bonitos... Pero, ¿qué tienes, qué te pasa?

No dijo nada Farfán durante algunos minutos y de repente gimió:

—¡Es ella! ¡Es la criatura que me trae tan a mal traer! Por eso llamó al guardia. Fué tu acento. De algún tiempo a esta parte, tan pronto me ve, tan pronto me oye, tan pronto sospecha que yo ando cerca, ya está pidiendo auxilio...

Se detuvo, pasóse por la frente una mano tem-

(Continuará)